



POR UNA ECONOMÍA HUMANISTA

Claudio Naranjo
Psiquiatra

Resumen

Porque se presenta la disciplina de la economía como una ciencia casi matemática, aunque ello se logre a través de simplificaciones insostenibles, celebro planteamientos alternativos como el de considerar la economía parte de una ciencia del ambiente o concebir una futura economía humanista.

Sin ser un economista, sin embargo, limitaré mi contribución en estas páginas a un tema que ya he investigado, el de la sociedad patriarcal, esperando que al llamar la atención hacia la mente patriarcal como trasfondo de nuestra vida económica disfuncional no sólo esté contribuyendo a lo que pueda ser una mejor concepción teórica de la vida económica, sino que sirva al despertar de la conciencia de quienes simplemente se interesan en lo que ocurre en el mundo que nos rodea.

Abstract

Because the discipline of economics is presented as an almost mathematical science, even though this is asserted through unsustainable simplifications, I welcome alternative approaches like considering economics to be part of an environmental science or conceiving a future humanist economics.

Though I am not an economist, I will limit my contribution in these pages to a subject that I have already investigated, that of patriarchal society, hoping that by drawing attention to the patriarchal mindset as the background of our dysfunctional economic life, I am not only contributing to what could be a better theoretical conception of economic life, but that I also raise awareness among those who are simply interested in what is happening in the world around us.

1. Prolegómenos

Mucho se habla en nuestro tiempo de las amenazas a nuestra supervivencia en forma de daño ambiental, crecimiento insostenible, sobrepoblación, desigualdad creciente, calentamiento atmosférico, escasez de petróleo, y algunas veces se agrega a esta lista la consideración de nuestras actitudes, creencias, o maneras de pensamiento disfuncionales. Más recientemente aún, se comienza a hablar de la responsabilidad de la economía en nuestras catástrofes sociales, particularmente tras la reciente crisis financiera que ha venido a demostrar el error de supuestos dogmas infalibles.

Porque se presenta la disciplina de la economía como una ciencia casi matemática, aunque

ello se logre a través de simplificaciones insostenibles (como el supuesto de que sea movida la vida económica por la racionalidad, o que su motivación única sea el interés en las ganancias), celebro planteamientos alternativos como el de considerar la economía parte de una ciencia del ambiente o concebir una futura economía humanista. Sin ser un economista, sin embargo, limitaré mi contribución en estas páginas a un tema que ya he investigado, cual es el de la sociedad patriarcal, esperando que al llamar la atención hacia *la mente patriarcal como trasfondo de nuestra vida económica disfuncional* no sólo esté contribuyendo a lo que pueda ser una mejor concepción teórica de la vida económica (que además de tomar en cuenta aspectos humanos ponga al hombre al centro de las

cosas), sino que sirva al despertar de la conciencia de quienes simplemente se interesan en lo que ocurre en el mundo que nos rodea.

No sólo no es humanista la economía que tenemos hoy en el mundo, sino que justamente podemos llamarla inhumana; y no sólo inhumana, sino que deshumanizante; y por ello algunos economistas esclarecidos¹ han propuesto que en un tiempo futuro deberá volver a tener la economía una relevancia ética, para así hacerse coherente con los valores humanos; sólo que es difícil concebir como se pueda pasar del orden actual a un orden tan diferente.

Como se dice tan a menudo hoy en día, tenemos un orden en el que hay una gran acumulación de la riqueza en un porcentaje bajo de la población, lo que, como se ha argüido, trae consigo muchos daños²; y creo que si un extraterrestre lo mirara sin alcanzar a discriminar los detalles de cómo esto se lleva a cabo, imaginaría que un orden tan injusto, que acarrea la muerte de tantos a causa de la pobreza y de un deterioro de la calidad de vida de las mayorías, sólo pudiera explicarse a través del uso del poder. Pero para quienes miramos más de cerca, no es tan visible tal poder, y muchos prefieren culpabilizar a los mercados y a las leyes económicas de esta aparente injusticia, que difícilmente podemos llamar injusticia desde el momento en que nos parece que no hay gente injusta que la esté manteniendo en operación. Y por más que el actual papa haya dicho recientemente (en su encuentro con el rey de España al llegar al aeropuerto de Madrid) que detrás de los problemas económicos están los problemas éticos, los mismos políticos parecen no darse cuenta de que la pobreza sea el resultado de tal cuestionable acumulación de la riqueza.

¿Y por qué no es aparente que la acumulación de la riqueza sea el resultado de un ejercicio discutible o poco ético del poder? Porque de encu-

brirlo se han ocupado los economistas con la ayuda de la “ciencia económica”. La tarea de la economía (al amparo en tiempos recientes del dogma de la libertad de los mercados propuesto por Hayek y Friedman) ha sido explicar como la cosa más natural el establecimiento de un orden injusto en que las mayorías se ven reducidas progresivamente a una condición de creciente esclavitud.

¿Y cómo hacen los economistas para tenernos tan convencidos de que las leyes económicas mandan sobre todo lo demás, y que las cosas deben funcionar en el mundo tal como están funcionando, a pesar de que mientras más dominan los economistas sobre la política, más problemas económicos tenemos? Principalmente, a través de la creación de un dogma implícito que sería demasiado irracional para ser creído si se hiciese explícito: el dogma de que la economía es una cosa separada de la vida humana, y que obedece a supuestas leyes propias³ (cuando en realidad, sería más correcto inscribir lo económico en la esfera de lo social, y lo social, a su vez, en la del medio ambiente, como plantean quienes se ocupan hoy de la sostenibilidad)⁴.

Pero antes de proseguir hagamos una retrospectiva histórica de largo alcance

En los tiempos así llamados primitivos, la gente tenía tiempo para vivir, y vivía en ambientes muy bellos, y tenía tiempo también para las relaciones familiares, para cantar, celebrar ritos y contar historias. Por lo que sabemos, quienes vivieron en el paleolítico fueron los inventores de las religiones y del arte –y es dudoso que nosotros– en el siglo XXI pudiésemos hacer lo uno o lo otro, ya que las artes nos parecen algo muy secundario al comercio, y la religión, un residuo discutible del pasado. Se dice que tenemos que ganarnos la vida,

¹ SEN (1987, 2009).

² STIGLITZ (2012).

³ AGUILERA (2010).

⁴ BRUNDTLAND REPORT (1987).

como Dios le ordenó a Adán y Eva al expulsarlos del paraíso, pero ¿cuánto más fácil debe de haber sido sobrevivir para las culturas arcaicas que para nosotros, que ocupamos prácticamente todas nuestras energías en el mercado laboral, hasta el punto de que, cuando por fin podemos descansar, ya no nos alcanzan éstas para un ocio creativo o para la profundidad de los vínculos familiares que conocieron nuestros antepasados. Si la economía hubiese servido a la vida, tendríamos vidas más fáciles y no más difíciles, sobretodo considerando el desarrollo técnico, que nos las facilitaría tanto más.

Se podría argüir que tenemos el bien de la educación, que no tuvieron en tal medida los antiguos; pero ¿es cierto que la educación que le damos a nuestros descendientes es un regalo? ¿O más bien se trata de una preparación para el mercado laboral que idiotiza a las personas e interfiere con su desarrollo propiamente humano? Así lo pienso, y pienso también que debemos considerar como uno de los efectos de la educación el que nos haya idiotizado a tal punto que ni siquiera nos damos cuenta de su fraudulencia.

También tenemos medios de comunicación que no tuvieron los antiguos; medios de comunicación que entrañan un gran potencial educativo y cultural; pero ¿para qué se utilizan en la realidad? Principalmente como medios de distracción y de desinformación, y apenas como instrumento educativo o cultural, en parte por iniciativa de unos pocos canales de apoyo comunitario.

¿Y qué decir de la política? Antiguamente se concebía la política como un órgano de la justicia, pero hoy se ha transformado en un órgano de esa discutible ciencia que llamamos economía, ya que aquellos que gobiernan están a las ordenes del dinero y de los poderosos que mandan en el mundo del dinero.

Hubo un tiempo en el que tuvimos gobiernos nacionales, pero hoy tales gobiernos *soberanos* se han vuelto retóricos, pues son impotentes ante las decisiones del imperio global de los negocios.

¿Y por qué ha llegado a dominar en tal medida la riqueza de este imperio transnacional? No por su productividad, sino por juegos económicos comúnmente llamados en su conjunto *especulación*; actividad que se ha comparado a la de un gran casino regido en último término a través del ejercicio de la *ciencia* de la economía. Y específicamente, de una economía que, a pesar de enseñarse en las universidades, sabemos ya que nos ha llevado a una crisis mundial de las finanzas, lo que desmiente la verdad de su dogmático pregón.

Pero vuelvo a mi pregunta de cómo puede tal presunta ciencia imponerse de tal manera en un mundo de gente suficientemente inteligente como para crear la tecnología más sofisticada. Simplemente porque lo que se considera la verdad no depende sólo de la coherencia entre las palabras y los hechos, sino que también del poder que la sustenta⁵. Así, cuando en el sistema capitalista se le da prioridad al capital sobre el trabajo en los beneficios que resultan de su colaboración (circunstancia que Marx calificaba como una prioridad fetichista en su valorización prioritaria del metal sobre lo humano) no se trata de consideraciones científicas o, (menos aún, éticas) que así lo determinen, sino que simplemente del hecho de que donde está el dinero está el poder; y que lo que el poder determina no se cuestiona.

De la misma manera –para volver a mi pregunta inicial– no se cuestiona hoy en día que los bancos tengan el poder de decidir sobre las vidas de quienes integran la comunidad mundial.

Si se tratase del dominio ejercido por una persona, lo llamaríamos despotismo. Pero tratándose de acuerdos comerciales, el despotismo económico resultante de ellos nos parece inobjetable por su coherencia con principios ya establecidos. Y al asociarse tales acuerdos a las decisiones de un conglomerado de personas poderosas, por más que pudiéramos imaginar una complicidad como

⁵ Principalmente, FOUCAULT.

en la acción de una mafia, dicen los políticos que es un mito aquel de que un grupo de poderosos pueda controlar los grandes flujos económicos en el mundo, y que sólo los desequilibrados y los que sufren por el efecto de la pobreza piensan tal cosa como una confabulación desde su condición precaria, sin comprender la seria tarea de la política ni la complejidad de las leyes económicas.

Durante los últimos diez o más años vengo hablando del fraude de la educación, que me tomó mucho tiempo ir descubriendo, ya que la crisis de la educación al comienzo me parecía sólo el resultado de la torpeza y de la ignorancia de los políticos, sin llegar a creer que el efecto perverso de ésta pudiera ser consecuencia de una voluntad de ciertas personas en utilizar la educación para formar autómatas obedientes, implícitamente explotando las vidas de los jóvenes al ofrecerles, en vez de las competencias existenciales necesarias a la vida en plenitud, sólo esas competencias que sirven al complejo militar-industrial-financiero. ¿No se beneficiarían más los estudiantes y nuestra vida social a través del desarrollo de la libertad, si en vez de dedicar sus años de escolarización a aprender a responder a pruebas académicas cuyo puntaje ni siquiera ha demostrado una correlación con la eficiencia posterior en el trabajo, fuesen educados en el desarrollo de la empatía y el sentido de los valores?

Pero hoy en día diría que el fraude de la educación es sólo un derivado del fraude de la política, que pretende ser la actividad de personas que representan a la comunidad cuando en realidad los gobiernos, determinados por la actividad de los partidos políticos y del dinero y por lo tanto muy poco representativos, han servido principalmente a los intereses de una minoría dominante. Y yendo más lejos ¿hay acaso algo que no se haya demostrado o evidenciado como un fraude en nuestra vida contemporánea? Traducido el fraude en la verdad del niño en el cuento de Andersen del emperador

desnudo, en el que nadie se atreve a creerle a sus propios ojos, el mundo no ha alcanzado a creer posible un engaño tan grande como en el de que la política sirva a la riqueza para que la riqueza pueda seguir sirviéndose de la política— gracias a la fe anacrónica de las mayorías en los gobiernos paternalistas.

También la cultura se ha vuelto un fraude y un auto-engaño, pues aunque su mismo nombre derive de la idea de un cultivo personal comparable al cultivo de otros seres vivos (como las plantas y los animales), ha llegado a perder su significado evolutivo para la conciencia y la vida, transformándose en algo así como un barniz que se vende bien, pues les da a las personas una mejor imagen en el mercado del aprecio y del poder. Y de la religión no necesitamos hablar a esta altura de la historia de occidente, en vista de que el compromiso político y económico de la religión ha llegado a crear una gran distancia entre el fenómeno religioso y la vida espiritual.

¿Por qué digo todo esto?

Aparte de que imagino que pueda valer la pena decir cosas tan importantes y tan poco dichas, he comenzado así este ensayo en vista de una convicción de que la causa de la degradación de nuestras instituciones, desde la familia a las empresas comerciales, ha estado principalmente en la economía. En otras palabras: podemos pensar que una fraudulencia generalizada en nuestras instituciones, que ha impregnado desde la familia y las profesiones de un elemento de prostitución, permitiendo que las supuestamente más nobles se hayan vuelto contrarias al bien común, ha derivado del poder exagerado que se le ha dado a la vida económica; específicamente a una economía que a su vez obedece a los dictados de una presunta ciencia que se concentra sobre las transacciones co-

merciales y financieras como si éstas existiesen en un imaginario sistema cerrado; una realidad separada a aquella de las personas y del medio ambiente⁶.

Por ejemplo, ya ni siquiera nos cuestionamos que no sea el mundo del trabajo uno en que la gente hace cosas en un espíritu de servicio, sino uno en que sólo se trabaja para ganar dinero; pero si estuviésemos menos enajenados comprenderíamos cuanto hemos perdido a lo largo de nuestro supuesto progreso civilizatorio desde el tiempo en que los así llamados primitivos eran movidos en su trabajo por un espíritu de amor a los suyos y de colaboración con sus vecinos. Y ni siquiera sabemos cuánto hemos perdido con la comercialización y monetización de todo, ni cuánto nos hemos deshumanizado al dejar atrás, tanto el sano espíritu de cooperación de nuestros ancestros como su amor al trabajo en cuanto acto de servicio y de expresión creativa.

El mundo del amor de antaño se ha transformado hoy en el mundo de la codicia, y nos convendría aprender de los griegos, que tuvieron la sabiduría de considerar que la educación fuese la tarea de los legisladores⁷. En el sentido literal ofrecían los griegos en materia de educación, algo muy simple: gimnasia para el cuerpo y música para la mente; y seguramente había gente que lo hacía muy bien, ya que los gimnastas eran también lo que servían en el ejército, y eran capaces de dar su vida en virtud de un sentido de colaboración muy diferente de que lo que ahora llamamos “patriotismo”—que se ha vuelto en gran medida un deber inculcado por la conformidad.

También sabemos que, más allá de los colegios, no había una universidad o una escuela

superior en la antigua Grecia, sino sabios, de quienes algo nos ha llegado a través de sus discípulos y de los escritos que se han conservado de ellos, desde de los presocráticos en adelante. Pero ¿qué quiere decir que la educación era sobre todo la responsabilidad de los legisladores? Lo podemos entender, por contraste, si consideramos la educación que nos proporciona el vivir en el mundo que nos rodea, pues sus efectos son clarísimos: *el orden económico imperante, sustentado por el poder de nuestras leyes, impone una implícita pero poderosa educación que nos empequeñece al hacernos egoístas*, y que nos corrompe, ya que para sobrevivir debemos renunciar a nuestra intrínseca nobleza.

Corolario de ello es que para que cambie la economía tendría que cambiar la legislación, sólo que para que cambie la legislación deberá renacer la voz autónoma de gobiernos que representen a sus respectivas comunidades. Y a nuestra altura de la historia esto difícilmente podría ocurrir sin el establecimiento de un gobierno mundial alternativo más allá de los nacionalismos y los intereses locales, ya que los gobiernos que tenemos poco pueden ante el poder de las empresas y el imperio global de los negocios.

Podemos concebir que la comunidad humana mundial quiera afirmarse algún día en la comprensión de que si no quiere ser gobernada por el poder de los intereses económicos de una plutocracia, deberá crear un gobierno alternativo que ponga las cosas en su lugar, y que, a través de su representación, la comunidad mundial reformule la economía en términos humanos. ¿Pero seremos capaces de crear las instituciones necesarias a la implementación de una economía alternativa, que sirva a las personas y a la vida en lugar de servir a la plutocracia que hoy nos lleva por un curso no sostenible?

Esta es la gran cuestión de nuestro tiempo, me parece, y pienso que si queremos un buen

⁶ “El estímulo que significa el que se me conceda el premio Nobel —de Economía— debería traducirse en la disminución de ese elegante y estéril teorizar tan habitual en la literatura económica actual y debe llevar a estudios que mejoren nuestra comprensión de cómo funciona un sistema económico real”, dice RONALD COASE en *La estructura institucional de la producción 1994*, citado por AGUILERA, *op. cit.*

⁷ JAEGER: *Paideia. Los ideales de la cultura griega*.

desenlace convendrá que el movimiento que pongamos en marcha hacia tal objetivo deba de ir acompañado de una nueva forma de educación—y particularmente de la clase política, ya que los políticos hasta ahora han sobresalido más por su talento demagógico y su gusto por el poder que por su sabiduría, su incorruptibilidad o su vocación de servicio, que es para lo que fue encumbrada.

Pero no me dedicaré aquí a los pormenores de lo que podría ser un gobierno futuro del mundo—que será seguramente un gobierno más regional además de ser uno mundialmente coordinado, pues sólo en comunidades pequeñas se pueda hacer real una democracia participativa.

Vuelvo más bien a mi tema de la economía, y tras esta introducción quiero plantear, ante todo, la idea de que nuestras prácticas económicas han sido modeladas por lo que llamo *la mente patriarcal*, por lo que será una comprensión cabal de ésta la que, modificando nuestras actitudes milenarias pero obsoletas, pudiera inspirar una economía más sana. Una vez que me haya explayado acerca de algunas facetas importantes de la mente patriarcal, explicaré mi convicción de que la trascendencia de tal mentalidad sólo puede ser concebible a través de un cambio masivo, profundo y deliberado de la educación.

Esta economía que tenemos y que todo lo domina a través del poder del dinero—que hoy por hoy es un poder que ya no necesita de las bombas que se usaban durante la segunda guerra mundial, pues se pueden destruir multitudes (o amenazándolas, controlarlas) simplemente privándolas de alimentos y otras cosas esenciales como el agua, sin que ello requiera de más energía que golpes de lapicera o de teclas sobre un ordenador—y que bien pudiera ser llamada una economía terrorista, pues impera a través un terrorismo del dinero. ¿No merece tal nombre un poder que puede causar el empobrecimiento de una nación a través del mito de los mercados libres, como en la unión soviética, y estrategias tales como el endeudamiento, la

privación de ciertos recursos, o el veto estratégico de ciertas libertades?

Dedicaré los siguiente párrafos a explicar, entonces, que este orden económico criminal, que ha causado tanta miseria en el mundo a través del prestigio de la ciencia en alianza con el poder militar (en países como Chile, Uruguay y otros), es una manifestación moderna de una mentalidad (*patriarcal*) que se forjó a los albores de la vida civilizada; y para ello debo señalar tanto la continuidad de la mente bárbara arcaica con la mente de los pioneros de la civilización, como la de ésta última con el poder que en nuestro tiempo actúa tomando en cuenta sólo «beneficios», sin atender ni a las necesidades naturales de las personas ni a esas «razones que la razón desconoce», que dicen relación con el amor y la virtud.

Sabemos que históricamente surgió la sociedad patriarcal en un período histórico en que el calentamiento de la tierra obligó a las poblaciones sedentarias del temprano neolítico matrístico a migrar en búsqueda de alimentos, volviendo así a una existencia nómada, sólo que ahora a un nomadismo depredador. Es fácil imaginar el imperativo de ir más allá de la simple actividad original de los cazadores—recolectores en este período de migraciones provocadas por el imperativo del hambre, y supongo que es precisamente a esta exacerbación del impulso de la caza que llevó a las cacerías humanas o guerras, a lo que damos el nombre de «barbarie».

Todo hace suponer que fue en este período, en que los hombres se tornaron en líderes de una actividad colectiva depredadora, cuando se estableció la subordinación de las mujeres, que al parecer fueron las primeras esclavas—antes que la esclavitud doméstica se generalizara al sometimiento de extranjeros⁸. Pero no sólo se estableció una sociedad patriarcal en aquel tiempo, me parece importante comprender, sino que una *mente pa-*

⁸ LERNER: *The Making of Patriarchy*.

triarcal, que ha constituido a través de la historia— y a través de sucesivas variaciones— la contraparte psíquica y menos visible del orden social, a través de la cual el orden social se ha perpetuado.

Un aspecto de esta «mente patriarcal», podemos decir, ha sido la supremacía del intelecto instrumental y estratégico, que se ha valido del conocimiento del mundo exterior para sobrevivir y dominar, y otro aspecto el eclipse del aspecto afectivo y solidario de la mente, que podemos caracterizar como nuestro aspecto materno interior. Pero no sólo ha consistido el establecimiento de la sociedad patriarcal (que hemos venido llamando la civilización) en un dominio de los hombres sobre las mujeres; sino que la exaltación del principio de autoridad paterna se ha hecho sentir también en la relación con los niños—tal como se vino a expresar en un tiempo posterior a través de la institución del *pater familias* del derecho, institución según la cual el padre es el dueño de su mujer y de sus hijos. ¿No se ha hecho evidente tal derecho de propiedad a través de toda la historia del mundo civilizado, en el curso de la cual los hijos han sido enviados a las guerra patriarcales en virtud de una colaboración implícita entre los padres de familia y los «padres de las patrias»?

Es fácil imaginar que durante la emergencia de las migraciones en la era del hambre generalizado fuesen los hijos quienes más sufrían, y que así como debieron aprender a reprimir el hambre, también nosotros, sus descendientes, hemos aprendido a hacer nuestro el imperativo de subordinar nuestros deseos corporales a los duros imperativos guerreros de la victoria y la supervivencia. Y así se explica, entonces, que la mente patriarcal no sólo entrañe un eclipse de la empatía solidaria, que fue supeditada al «principio de la realidad» de la racionalidad durante una situación prehistórica crítica, sino también a un eclipse de la instintividad, que debió ser subordinada a tal prioridad del recién forjado ideal guerrero y auste-

ro, que hace que nuestra vida civilizada no sólo se haya caracterizado por la violencia explícita, sino por una violencia implícita de la vuelta ascética contra nuestra naturaleza animal.

Llamo «mente patriarcal», entonces, aquella en que un despotismo intra-psíquico del intelecto instrumental sobre la compasión y sobre el sano instinto animal (ambos, parte de nuestra dotación natural), nos ha tornado en seres fríos, insensibles y rapaces. Y si se pregunta cómo puedo describir la vida civilizada como una simple prolongación de tal barbarie, diré que, somos unos descendientes de los bárbaros que hemos aprendido a disfrazar nuestra barbarie a través de nuestras grandes racionalizaciones y nobles ideales. Así, por ejemplo, el orden económico que hoy en día hemos venido justificando a través del prestigio de la ciencia fue en otro tiempo justificado a través de la benevolencia incuestionable de reyes de ancestro y carácter semi-divino, o del prestigio bondadoso de la iglesia.

Imagino que aparte de lo que vengo de explicar, que no es sino lo expuesto por DeMeo⁹, bastará la sola analogía entre la mentalidad del cazador que dice «esto lo quiero, y es legítimo que lo tome porque sin ello no puedo sobrevivir» y la de quienes ejercen el poder en nuestro mundo contemporáneo para satisfacer a mis lectores acerca de la continuidad del patrón patriarcal desde los tiempos de una temprana catástrofe de la humanidad, y me conformaré aquí con haber enunciado tal pensamiento para apuntar la obsolescencia de tales actitudes y sugerir que entender bien el origen de la civilización pueda ser hoy para el mundo civilizado algo equivalente a lo que es para el individuo entender el origen infantil de su neurosis¹⁰; pues no sólo se hace comprensible desde esta perspectiva el desequilibrio omnipresente entre nuestra acción violenta, nuestra capacidad amorosa traicionada y nuestra vitalidad inhibida, sino que nos muestra que se necesitó a tal punto el ejercicio del poder

⁹ DeMeo (1998, 2006).

¹⁰ Para una explicación más detallada, ver mi libro *Sanar la civilización*.

de matar para sobrevivir que, junto al poder, se instituyó todo un aparato religioso-ideológico para sacralizar esta aparente vuelta contra la vida. Específicamente, podemos entender los sacrificios que instituyeron prácticamente todas las religiones como ritos que permitiesen recordar a través de las generaciones que matar es un acto sagrado. Pues la civilización se estableció sobre la base de las matanzas, cuya necesidad fue originalmente sentida como inapelable.

Para concluir esta introducción histórica a la continuidad entre los orígenes traumáticos de la cultura patriarcal y la forma característica del patriarcado moderno, que ya no es ni la de las teocracias arcaicas ni la de las culturas guerreras, quiero citar aquí algo que, a pesar de datar de la Edad Media, se anticipa ya a nuestra modernidad comercial.

Entre los abundantes tesoros simbólicos de la *Divina Comedia*, hay uno llamado «el anciano de Creta»¹¹ que tiene la cabeza de oro, el pecho de plata, el vientre de bronce, las piernas de hierro y el pié izquierdo de barro. Se interpreta este símbolo en forma muy semejante al del texto bíblico¹² en que Daniel le explica a Nabucodonosor su visión. Según la explicación del profeta, la sucesión descendente de los metales se corresponde a la sucesión de las edades históricas: primero la paradisíaca edad dorada, luego la edad de plata, bajo la influencia de las mujeres, luego la edad heroica caracterizada por el bronce, seguida a su vez por la problemática «edad de hierro» (que los hindúes llaman el *Kali Yuga* y cuyo comienzo adscriben al tiempo que siguió a la gran guerra narrada por el *Mahábhārata*). Podemos decir que la «edad de hierro» de tales relatos míticos corresponde a la del patriarcado degenerado que siguió a un patriarcado funcional inevitable original; pero no he encontrado aún en la literatura una interpretación para ese *pie de barro* de la imagen, que me parece una elocuente alusión al patriarcado en su

máxima degeneración, que ha venido a caracterizar a nuestro tiempo; uno en el que el poder de las armas ha sido superado por el poder del dinero; pues a pesar de no ser tan duro como el hierro, el barro en su suciedad y ordinariez sugiere menor nobleza que el metal.

Aún como marco a mi tratamiento del tema de la economía patriarcal –que me parece el nombre más adecuado para la patología fundamental de nuestra vida económica, insertaré aquí unas breves consideraciones acerca de lo que sería más ampliamente una economía que pretendiese entender el aspecto humano de la vida económica.

Por una parte, me parece, una tal economía humanista comprendería una visión de lo que mueve a las personas más allá de su simple «interés» o beneficio, de tal manera de que pudieran los economistas ir más allá de su acostumbrada visión reduccionista del *homo economicus*, y ponerse así al día con lo que dicen del ser humano tanto las humanidades como la psicología. Y sin pretender re-inventar la rueda o la pólvora, diré simplemente, que aparte de los economistas, el mundo parece estar de acuerdo en la existencia de esas emociones que tanto interesaron a Adam Smith: la simpatía y el altruismo. Desde luego los cristianos creen en el amor de las personas hacia si mismas, hacia el prójimo y hacia Dios, pero no sólo los cristianos, sino que también los mahometanos, los budistas y librepensadores..

Lo más citado de Adam Smith por los economistas recientes ha sido aquello de la «mano invisible» que intervendría haciendo que personas al seguir (su) propio interés terminaran sirviendo al bien común (de modo semejante a cómo en la fábula de las abejas de Mandeville los «vicios privados» de las abejas se vuelven útiles a la colmena); sólo que estas imágenes, que encierran una cierta medida de verdad, se han vuelto racionalizaciones para un sistema económico que no sólo justifica el egoísmo sino que lo cultiva.

¹¹ Infierno XIV, 104.

¹² Daniel II, 31-45

¿Por qué no adoptar un modelo más abarcador, que reconozca que los humanos tenemos el interés en satisfacer nuestras necesidades, pero también nos interesamos hasta cierto punto en el bien de nuestros hijos, de nuestro parientes, amigos y hasta desconocidos, y además hacemos cosas «por amor al arte», por afán de justicia o por «vocación»? Según Polanyi, el beneficio personal, que hoy se invoca como la motivación principal del trabajo, no era considerado como tal hasta los comienzos de la era industrial. Por otra parte, no sólo explicaba Freud que el objeto del psicoanálisis era devolverle a las personas la capacidad de amar y trabajar, sino que los buenos terapeutas conocen muy bien el proceso a través del cual las personas, a medida que van sanando, re-descubren la posibilidad de realizarse en su trabajo, encontrar en éste una satisfacción profunda y recuperar también su experiencia de un servicio real a la sociedad.

Personalmente pienso que el estado de felicidad que es propio de la salud mental siempre se acompaña del amor, ya sea éste un amor a uno mismo, a otros o a «objetos ideales», sólo que la felicidad no es tan común como pudiera creerse, y la mayor parte de lo que la gente llama amor es algo engañoso, por lo que también se desvía el impulso hacia el desarrollo del amor en la expectativa de que la felicidad se encontrará al recibir el amor de los demás.

Además, somos seres intrínsecamente amorosos, pero en vez de actuar desde nuestro ser verdadero, representamos un personaje ficticio e ideal que hemos creado, detrás del cual hemos aprendido a escondernos, de modo que nuestros impulsos hacia el goce, hacia la benevolencia, o hacia el aprecio y veneración quedan sofocados ante la fuerza de «pasiones» tales como el orgullo, la envidia, la sensualidad, la codicia y otras motivaciones que en el fondo constituyen formas insatisfactorias de llenar un hambre de plenitud que sólo terminan alejándonos aún más de nosotros mismos y de nuestro potencial amoroso.

Una explicación de la vida económica, por lo tanto, debe considerar al ser humano completo, tanto en su esencia como en su ego o personalidad neurótica, en la que coexisten las mencionadas pasiones (los «pecados capitales» del cristianismo antiguo) con una serie de derivados de éstas que hoy llamamos «necesidades neuróticas» y son problemáticamente insaciables: la sed del poder, la ambición, la búsqueda de la gloria y el afán del lucro, por ejemplo, que se convierten en motivaciones autónomas que no sirven sino a su propia satisfacción.

Respecto al polo positivo en un mapa completo de las motivaciones humanas, me parece oportuno citar al menos de paso a mi «teoría de los tres amores» que reconoce como dimensiones de la afectividad sana o «superior» (en contraste con la esfera de las pasiones y las necesidades neuróticas) la tríada del *eros* –o amor goce–, el *ágape* –o amor benevolencia– y la *filía* –o amor apreciativo–; aspectos de nuestra naturaleza relacionados con los tres niveles evolutivos de nuestro cerebro¹³; y me parece que el *eros* no sea diferente del *self-love* de Adam Smith: una búsqueda del placer natural de satisfacer nuestras necesidades).

Aunque me he referido en este mapa sinóptico de las motivaciones humanas al polo negativo o patológico como el de las «pasiones» y «necesidades neuróticas», y sería consecuente que me ciñese a tal esquema en el análisis de nuestra economía patológica, haré en seguida algo diferente, cuya explicación está en que las patologías emocionales, a través de los milenios de nuestra vida civilizada, han encontrado eco en ciertas patologías sociales que pudiéramos caracterizar como los «pecados capitales de la sociedad» y que he presentado anteriormente¹⁴ como «facetas de la mente patriarcal». Es a algunas de estas patologías sociales que hemos incorporado a nuestra psique individual que

¹³ MACLEAN (1990).

¹⁴ En *El eneagrama de la sociedad, Cambiar la educación para cambiar el mundo*, y, más ampliamente, en *La mente patriarcal*.

dedicaré el siguiente análisis: facetas de la mente patriarcal que todos podemos reconocer como grandes fuerzas en la vida civilizada.

2. Algunos aspectos de la economía patológica

Comienzo entonces, a pasar revista a esas que al encubrir la economía y legitimarla la convierten no sólo en una economía patológica, sino en una que justamente ha merecido ser calificada –según un criterio ético– una «economía canalla».¹⁵

Comienzo por *la violencia*, que en la vida civilizada adopta dos grandes formas; el poder explotador, en que la violencia se orienta a despojar a otros de sus bienes o energías para el beneficio propio, y el poder represivo, en que la violencia está al servicio de controlar al otro a través de prohibiciones o exigencias que lo privan de su libertad –y muy especialmente de la libertad de protegerse de la explotación. En la historia de las civilizaciones podemos observar un contrapunto entre la explotación y el poder policial o represivo, de tal manera que éste último no sólo impide que las personas se rebelen ante la explotación, sino que a la vez encubren el orden explotador a través de nobles ideales a los que es necesario servir– como al amor a la patria o la autoridad infalible de las iglesias.

Podemos decir que el establecimiento de la sociedad patriarcal se inició a partir de un acto de violencia: una toma violenta del poder por parte de los hombres, cuyo eco podemos discernir en los mitos. Desde entonces, el poder amenazante sigue ejerciéndose de manera legitimada, como aspecto supuestamente indispensable del orden político. Así lo pensaba Hobbes al afirmar que los gobiernos soberanos tienen el monopolio de la violencia para que así podamos tener un mundo ordenado en el que no está permitida la violencia individual.

¹⁵ NAPOLEONI (2008).

Decir «poder violento», equivale a decir «poder amenazante», pues basta la amenaza de la violencia para que el poder haga sentir su imperio, y tenemos indicios históricos de cómo se expresó este poder amenazante en los albores de la civilización, cuando se enfrentaron el mundo patriarcal de los indo-europeos de las estepas rusas y el de las culturas matrísticas del Danubio que terminó sucumbiendo. Los indoeuropeos, cuyo triunfo se refleja hoy en el amplio dominio lingüístico de sus descendientes, fueron los maestros del caballo, que luego se volvieron, además, los inventores del carro de guerra. Comenzando por el invento de los carromatos que transportaban familias enteras (permitiendo así el nomadismo en un ambiente pobre en alimentos), fueron estos agresivos indo-europeos quienes, amedrentando a los pueblos sedentarios agrícolas a través de su pericia como jinetes armados más que ejerciendo una violencia a gran escala (de manera semejante a lo que harían después Al Capone y los suyos, al castigar a quienes no los apoyaran) lograban que los pueblos más débiles aceptasen los tratados comerciales que se les imponía sólo a través de agresiones suficientes para la demostración de su poder superior.

Así, poco a poco se fue extinguiendo la cultura antigua europea del Danubio, sin signos masivos de devastación, y probablemente haya sucedido igual con la llegada de los indo-europeos a la India. Antiguamente se pensaba que habría tenido lugar una invasión violenta que llevó a la extinción de las antiguas culturas *dravídicas*, y del Mohenjo Daro en la India, pero luego ha sido una sorpresa para los arqueólogos encontrar muros intactos, sin signos de destrucción masiva, en vista de lo que se piensa hoy que no fue necesaria una guerra como la de Troya para que los acometedores guerreros tuviesen un triunfo total y llegasen a imperar.

Hoy en día se habla de «violencia estructural» a propósito de ese poder que puede hacer la guerra sin armas y causar la extinción de miles de personas a través de simples decisiones económicas.

Resulta invisible para la comunidad mundial el que un determinado decreto o tratado comercial cause la muerte de miles de personas en tal o cual lugar de África o América, pues solo lo registran las estadísticas de organismos especializados, y ni siquiera los especialistas tienen el tiempo de descifrar su significado humano. Y es que la agricultura es sólo agricultura, la demografía sólo demografía y la economía es sólo economía, mientras no se considere la vida de los seres humanos en su conjunto.

Ver las cosas como son o, en otros términos, ver la realidad, no es una cosa tan simple como parece, sino que, como Edgar Morin ha planteado, es algo que requiere del pensamiento complejo; o dicho de otra manera: requiere de una mente suficientemente unificada para ver las cosas en sus mutuas inter-relaciones. Pareciera que se nos educa, sin embargo para ver las cosas en forma «compartimentalizada», haciéndonos más y más especialistas a medida que «progresa» nuestra «cultura tecnológica». Además está decir que tal especialización no constituye sólo un paso adelante en la comprensión de las cosas, sino que algo que conlleva una creciente «cretinización» —como tan acertadamente plantea el mismo Morin en su crítica a la educación universitaria actual—.

Aparentemente, entonces, ya desde los albores de la civilización se había descubierto que el terrorismo de las armas sirve como un «mecanismo de *shock*»¹⁶ para imponer el terrorismo del dinero; un terrorismo que ejerce en su entorno un efecto predatorio empobrecedor. Y si bien no parece verdad que la evolución de las especies haya sido determinada siempre por la supervivencia de los más fuertes, como a veces se dice, sobre-simplificando la visión darwiniana (ya que a veces sobreviven los organismos que mejor saben colaborar o adaptarse, y otras veces pueden más que los fuertes los astutos o los inteligentes), en la evolución de la cultura humana sí que parece

cierto que como respuesta al trauma histórico del calentamiento de la tierra que precedió a las civilizaciones patriarcales, ha sido así.

Todo esto sólo sería de interés académico si no fuese porque fueron esos bárbaros, en quienes el espíritu del cazador se exacerbó hasta volverlos cazadores de hombres y esclavizadores de mujeres, quienes constituyeron la raíz de lo que ahora llamamos la sociedad civilizada; y así como en la cura de la neurosis individual se lleva a los pacientes a comprender el trauma o situación dolorosa de su infancia que los ha llevado a adoptar las actitudes disfuncionales que actualmente los aquejan, de manera semejante me parece que sería beneficioso para nosotros como cultura reflexionar sobre el trauma histórico que nos hizo no solo violentos sino para poder permitirnos la violencia, también insensibles. Quienes trabajan en psicoterapia saben que en la ausencia del auto-conocimiento, las personas que han sufrido castigos corporales y otras formas de violencia por parte de sus padres se vuelven violentos hacia sus hijos, y esto seguramente se aplica también a escala social, de tal manera que la violencia que ejerce cada generación sobre la siguiente reverbera a través de la historia —tal vez haciéndose incluso mayor o por lo menos amplificándose a través del mayor poder que vamos adquiriendo para la expresión de tal violencia—, pues no es la misma cosa tirarse piedras los unos a los otros que dispararse, y no es lo mismo dispararse balas que misiles atómicos.

Si comprendemos la violencia intrínseca del funcionamiento de la sociedad, debemos comprender que la actividad económica se inserta en este contexto implícitamente explotador, y nada tiene de novedoso decirlo después de que lo dijo Marx —sólo que el poder neoliberal ha inyectado en la moda intelectual de los decenios pasados un tabú a hablar de marxismo que (a través de los medios de comunicación y de las mismas universidades) ha llevado hasta a la desaparición de la palabra «capitalismo», como si éste se hubiese

¹⁶ Véase KLEIN (2008).

vuelto un concepto irrelevante—. Y aunque se sigue citando el dicho latino que afirma que el hombre se comporta hacia sus semejantes como un lobo (*homo homini lupus*), y no está lejos de la conciencia de todos que los peces gordos se comen a los peces pequeños, lo que sí se ha olvidado es que puede haber una alternativa. Se piensa, más bien, que «por naturaleza» somos los humanos violentos, competitivos y egoístas, y ello implica desconocer la naturaleza patológica de la degradación de nuestra conciencia —además de nuestro potencial de salud—.

Apenas nos parece concebible ya una sociedad como la de los indígenas de Norteamérica antes de la conquista, entre quienes la tierra era una propiedad común (o ni siquiera una propiedad). Ahora, cuando el concepto del hombre como *homo economicus* quiere enseñarnos que los individuos somos movidos sólo por intereses egoístas (a pesar de que el mismo y muy citado Adam Smith se haya interesado tanto en los «sentimientos morales») tal concepción intrínsecamente pesimista de la naturaleza humana seguramente contribuye a que no nos sintamos movidos a buscar una alternativa a nuestros hábitos colectivos patriarcales; y seguramente contribuye también a nuestro sentir de que no hay alternativa a nuestro supuesto implícito de que la vida económica deseable es un asunto especializado en que los más entendidos son los economistas.

Ya he comentado cómo la cuestionable división de las ganancias que se ha llegado a establecer en el sistema productivo entre el capital y el trabajo no es sino la consecuencia de que donde está el capital está también el poder, y las cosas no se hacen tanto según la razón sino según manda el poder, de modo que los razonamientos filosóficos o consideraciones éticas pasan a servir como meras racionalizaciones justificatorias. Pero tal vez la más notoria expresión del poder de rapiña en nuestro mundo reciente hayan sido, por una parte, el dogma cuasi religioso del neo-liberalismo (que

extrañamente sobrevive a pesar de la evidencia de sus consecuencias desastrosas) y la naturaleza parasítica de nuestras instituciones financieras, que, amparadas por la suspensión del control de la fraudulencia y por la fe en que podemos confiar en los mercados sin necesidad de controles estatales, han defraudado a la ciudadanía y llevado a la impotencia y quiebra de gobiernos.

Pero paso ahora del tema de la violencia explotadora a su aspecto represivo, que se asocia al control de las personas a través de las ideologías, los ideales, su proyección sobre el derecho.

Así como la violencia de la sociedad hacia el exterior encuentra su expresión característica en las guerras y en la institución militar, la violencia hacia dentro, encaminada hacia el control de las acciones, actitudes y pensamientos de la ciudadanía, se ejerce desde la crianza, luego a través de las instituciones educacionales y finalmente por la policía y la justicia. Pensamos que estas sean instituciones buenas y necesarias, y bien pudiera concebirse que algún día lleguen a serlo, pero en un mundo patriarcal, desde la crianza prevalece en nuestra cultura una ideología implícita que es lo que, como ha mostrado George Lakoff, (investigador estadounidense que se ha interesado en analizar la vida política a la luz de la semántica) lo que él ha llamado el «modelo del padre severo»¹⁷: un modo de ver y de sentir que la mejor solución a los problemas humanos sea la severidad en las amenazas y en los castigos.

Ello se expresa no sólo en la crianza, sino ante la insuficiencia de los rendimientos escolares o ante la delincuencia, y aunque sepamos que por lo general es más efectiva ante las personas con dificultades la comprensión que la «mano dura», y más se logra con una actitud amorosa que con la severidad punitiva, hemos creado un sistema penal implícitamente vengativo, que va llenando las cárceles del mundo a costa del deterioro

¹⁷ Lakoff (2001).

de muchas vidas, la desintegración de muchas familias, y grandes daños no sólo a la calidad de vida de los afectados sino al «capital social», que difícilmente se justifican en términos de lo que se viene suponiendo una función de reforma o de promoción del bien común.

Hemos construido una sociedad que conlleva la visión implícita del ser humano como un criminal en potencia, y como resultado de vivir en ella hemos desarrollado no sólo un espíritu represivo, sino que también las correspondientes actitudes rebeldes, sin que lo uno ni lo otro favorezca nuestra felicidad. Por «espíritu represivo» quiero decir algo diferente de lo que *represión* significa en un contexto social; aludo más bien a lo que Freud puso de manifiesto al describir cómo las prohibiciones sociales llevan a que nos tornemos inconscientes de aquello que entra en conflicto con las normas sociales amenazantes, los dictados de una autoridad punitiva e incluso de nuestros propios ideales cuando se vuelven inalcanzables y generan demasiada culpa. Milita, entonces, la represión así entendida, con el conocimiento de nosotros mismos y con nuestra misma integridad; y así como la violencia en la crianza, en la educación o en la vida social puede volvérsenos invisible por lo tan habitual y omnipresente de sus manifestaciones, también así con el espíritu represivo, que nos hace volvernos policías cuando no jueces y verdugos de nosotros mismos.

Uno de los temas que he venido proponiendo en mi militancia por un cambio de la educación ha sido el que nos convendría pasar de un enfoque normativo de la vida moral a un enfoque que se centre en la noción de virtud, que no se refiere a lo que hacemos tanto como a nuestra motivación, y principalmente al estado mental desde el cual emergen nuestras motivaciones. Llevando esta propuesta a la esfera de la vida colectiva, se traduciría en un paso de una sociedad policial, que castiga a quienes no siguen las normas, a una futura sociedad terapéutica, que ayuda a que la gente recupere

y desarrolle su capacidad amorosa y solidaria, tanto a través de una debida atención a sus necesidades como mediante una ayuda a que pueda comprender su vida y sus relaciones humanas.

Pero volviendo más específicamente a la economía: ¿no es un hecho innegable que, pese a todas nuestras leyes, vivimos en una sociedad injusta que nos hace egoístas? Además, como bien observa Galeano¹⁸, se persigue a los asaltantes callejeros pero no a los que mantienen en movimiento una economía fraudulenta. Y por el sólo hecho de definir su territorio como el de las transacciones comerciales, pretendiendo una autoridad hegemónica respecto al comercio y justificando las prácticas que nos han llevado a una crisis que los mismos economistas no supieron predecir, se persigue más a los disidentes que a quienes en su conducta de buenos ciudadanos apoyan un sistema que amenaza hoy no sólo muchas vidas, sino que incluso nuestra misma supervivencia.

Paso ahora al tema del *autoritarismo*, y comienzo por explicar que una cosa es la autoridad y otra el autoritarismo, que es algo así como una exagerada sed de autoridad, tanto por parte de los que, temerosos de las consecuencias de su propia libertad y de la posibilidad de equivocarse, prefieren ser mandados, como de aquellos a quienes anima una exagerada pasión de mandar.

Erich Fromm propuso, décadas atrás, la útil distinción entre autoridad racional y autoridad irracional¹⁹, aludiendo con la primera a que cuando uno pide orientación para encaminarse a cierto lugar en una ciudad extranjera, es razonable que confíe en que las personas locales sepan más del asunto que uno mismo; y que también cuando se toma clases de esto o aquello se le concede al profesor una autoridad que servirá al proceso de aprendizaje. Pienso que también en las relaciones humanas es común que una persona le conceda autoridad a otra por corresponder esto con sus

¹⁸ GALEANO: *El mundo al revés*.

¹⁹ *La sociedad sana*. Fondo de Cultura Económica.

rasgos de carácter, predominantemente dominante o sumiso, sin que ello llegue a constituir una violencia. En tales casos puede ser que una ideología que pretenda que todas las relaciones deban ser siempre paritarias pudiese constituir un prejuicio ideológico, pues cuando dos personas están de acuerdo en sus roles, seguramente se sienten mutuamente comprendidos sin que se pueda decir que ninguna de ellas sea la víctima de una dominación explotadora. Igualmente en el caso de grupos que se dejan guiar por un líder a través de un proceso terapéutico o educacional podemos decir que estamos ante una autoridad funcional, y que seguramente el prejuicio de que no deba haber autoridad alguna entrañaría una pérdida de eficiencia.

La existencia de una autoridad funcional es plenamente reconocida en las escuelas espirituales, en las cuales la autoridad que le conceden los discípulos a sus maestros, unida a la devoción, refleja una autoridad que se le reconoce a la sabiduría misma. Es común, sin embargo, que en el mundo del desarrollo espiritual los maestros no sean tan sabios como pretenden, y que los falsos maestros, psicológicamente inmaduros, se aprovechen de su autoridad para satisfacer deseos personales tales como el ansia de poder o la sed de aplauso. De manera semejante, podemos concebir que gobiernos arcaicos originalmente sabios (como aquellos de los antiguos reyes babilonios o de los más antiguos faraones egipcios, se hayan corrompido gradualmente, transformándose en despotismos faltos de benevolencia. Pero les sería difícil sobrevivir a tales despotismos sin una ideología que reforzase su poder; una ideología que sirva, por una parte, a la exaltación de la autoridad, y también a una exaltación de la obediencia.

Desde los mismos orígenes de las civilizaciones clásicas hemos vivido en un mundo regido por una autoridad central a la que las normas y leyes afirman que se debe obedecer, y seguramente desde la más remota antigüedad ha sido reforzado

este principio del gobierno como centro de una jerarquía de autoridad por un elemento ideológico, que ha santificado tanto la autoridad con sus prerrogativas como el deber de obediencia por parte de sus súbditos.

Cuando los autores de *La personalidad autoritaria*²⁰ a comienzo de los años 50 describieron la «personalidad autoritaria» o cripto-fascista, describieron precisamente un complejo de actitudes que comprende una excesiva fe en el sistema jerárquico, y señalaron que tal autoritarismo es parte de una personalidad en que la tolerancia de una autoridad agresiva se acompaña de una actitud agresiva hacia los subordinados, de un «super-yo rígido» (que pudiéramos describir como un policía interior demasiado poco comprensivo) y un «ello enajenado» (con lo que se quiere decir una tendencia a interpretar las propias acciones como debidas a fuerzas desconocidas, ajenas a la propia voluntad).

Aunque a escala individual sólo una fracción de una población dada se podrá describir como «autoritaria», creo que se pueda también decir que un mayor o menor autoritarismo exista en el ámbito social también como rasgo de la consciencia global, es decir, de aquello en que las personas parecen coincidir. Así, se suele decir que en Alemania «lo que no está prohibido es obligatorio», pero en cambio en Italia existe una cultura más permisiva.

Es coherente la observación de Lord Acton respecto a que «el poder corrompe y que el poder absoluto corrompe de manera extrema» con el hecho de que a través de la larga historia de nuestra civilización hemos llegado a un tiempo en que se nos ha hecho transparente tanto la poca representatividad de nuestros gobiernos como la poca benevolencia de la mayoría de aquellos que han llegado a triunfar en la competencia por el poder. De acuerdo con ello, se ha vuelto una perogrullada reconocer que el bajo porcentaje de los muy ricos

²⁰ ADORNO, SANFORD *et al.*: *The Authoritarian Personality*.

no sólo manda (directa o indirectamente) sobre los pobres, sino que manda de acuerdo a sus propios intereses; y en un mundo tal, en que la economía no sólo refleja las tendencias explotadoras de los poderosos y la influencia de un ideal cristiano de «dar al César lo que es del Cesar» (aceptando no sólo la pobreza, sino que una ideología que va del respeto y la obediencia hacia los padres al respeto y obediencia a los profesores y de ahí a los jefes militares y los «padres» que visten sotana), no puede dudarse de que el autoritarismo ayude a las elites en su conflicto con las mayorías, que hoy en día ha llegado a caracterizarse como un nuevo fenómeno de «guerra a los pobres»²¹.

Pero ¿qué nos dice la economía que se enseña en las universidades de este importante aspecto de la realidad económica de nuestra vida social? Por supuesto que nada; y al no incluirlo en sus ecuaciones nos hace sentir que no existe, y que sólo debemos atenernos a las transacciones comerciales en un mercado de ofertas y demandas. Si queremos concebir una economía humanista, entonces, deberíamos hacerlo de tal manera que (entre otras cosas) la realidad poco tangible pero omnipresente del autoritarismo se haga explícita en sus ecuaciones, y al tratar de mejorar nuestra vida económica se busque cómo compensar este factor de injusticia —presente ya en la toma de autoridad de la pseudo-ciencia de la economía hasta un nivel casi hegemónico, que hace que nuestras vidas hayan venido a depender— ya no de papas y reyes (que en el mejor de los casos creían en la justicia) sino de bancos, compañías de seguros y empresas petroleras.

En esta revisión de lo que podría llamarse las «facetas de la economía patológica» me falta abordar un mal que pese a ser menos visible que la violencia o el autoritarismo, es tan poderoso como éstos, y que se relaciona dinámicamente con ellos, perpetuándolos. Podríamos llamarlo el

statu quo siempre que entendamos este término no como una condición estática sino como una fuerza social; algo así como una inercia a través de la cual las cosas quisieran seguir siendo como son. Constituye este fenómeno el equivalente social de algo semejante a lo que reconocía el cristianismo medieval en la mente individual como *acidia*, palabra latina que vino a traducirse posteriormente como «pereza» pero que en realidad no aludía a una pereza del hacer sino a una pereza psíquica: algo así como una sobre-estabilidad psíquica en virtud de la cual ciertas personas se resisten a cuestionarse, a mirarse a sí mismas, a aspirar al perfeccionamiento de sí mismas o al cambio. Dante nos muestra a los acidiosos en la cuarta cornisa del purgatorio penando y al mismo tiempo trabajando contra su característico pecado corriendo y a la vez rezando, imagen en que se yuxtaponen las ideas de aspiración hacia lo divino y prisa. Podemos entender a los acidiosos al evocar la figura de Sancho Panza, quien en vista de su gran practicidad ni tiene prisa ni considera lo divino en sus esquemas.

Podríamos decir que el mundo se ha vuelto hoy muy sanchopancesco, por cuanto se interesa mucho más en las cosas prácticas que en las cosas trascendentales o siquiera profundas, y que, pese a ser llevado de un quehacer a otro, no se interesa por descubrir algo más allá de su horizonte acotado. Nos felicitamos a nosotros mismos de haber llegado a establecer una sociedad secular en que van quedando atrás las supersticiones religiosas del pasado; pero no sólo nos vamos hundiendo en una crisis mundial multifacética, sino que somos menos y menos felices²² y se nos escapa el sentido de la vida. Para las tradiciones

²² En el capítulo que le dedica a este tema Jerry MANDER en su reciente libro *The Capitalism Papers / Fatal Flaws of an Obsolete System* («Capitalism or Happiness») incluye una sección sobre estadísticas, en la que leemos que los Estados Unidos tienen la más alta cifra de divorcios, obesidad, mortalidad materno-infantil, pobreza infantil, encarcelamientos, asesinatos y violaciones, por ejemplo. También, después de observar que los Estados Unidos excepto Singapur, es el país de mayor desigualdad, informa que estudios de la UNICEF muestran una correlación altamente negativa entre desigualdad y bienestar infantil. Cita también al economista Herman DALY, quien ha señalado la coincidencia de numerosas investigaciones que demuestran que los beneficios llevan a mayor felicidad sólo hasta que se alcanza el nivel de la suficiencia.

²¹ FARMER (2005).

sapienciales de la humanidad nunca hubo duda en que la intuición fuera más profunda que la razón, pero desde aquella época a la que nos referimos como el Siglo de las Luces hemos destronado no sólo a la autoridad religiosa, sino que con ella la «fe» —y no me refiero sólo a la fe en las grandes intuiciones religiosas del pasado, sino que también a la fe en la forma de comprensión que nos transmiten las artes y la literatura, y que escapa a la ciencia. Así, van desapareciendo incluso las humanidades de los programas escolares como si fuesen irrelevantes a la supervivencia de las personas y a la producción de las naciones— como si no fuesen necesarias a la comprensión de la vida y aún a una futura vida democrática.

Pero ¿puede una persona llegar a la plenitud con solo un hemisferio cerebral? La naturaleza nos ha dotado de un hemisferio racional y de un hemisferio intuitivo, pero el dogma de la primacía de la ciencia en nuestro tiempo nos viene robando la capacidad de percibir cosas que en otros tiempos eran el verdadero «pan de cada día».

Decía Kierkegaard que la mayor parte de las vidas humanas no alcanzan a tener sentido más allá de los fugaces destellos de sentido que les llegan a través de las experiencias estéticas; y pienso que tenía razón: falta en nuestra visión secular de la vida la idea de que no estamos en este mundo sólo para ganarnos nuestro sustento, sino para crecer; y tal estrechamiento dogmático de nuestro horizonte (que pudiéramos calificar como una *contra-fe*) contribuye a que permanezcamos en lo que pudiera decirse una condición larval. Y por cierto que sea que nos plagan muchos vicios, tal vez todos ellos sean explicables en último término como resultado de nuestra incompletud: una detención de nuestro desarrollo, y nuestra consecuente falta de sabiduría. Ni siquiera sabemos en nuestra ignorancia que nos falta sabiduría, y confundimos el saber con la información; por lo que nos llenamos de información de manera semejante a cómo nos llenamos de quehaceres o pretendemos llenarnos con el calor

de los vínculos sociales y el aprecio de quienes nos rodean; pero fundamentalmente vivimos distraídos de nosotros mismos, de modo que en cierto modo nos hemos vuelto máquinas; como lo han dicho tantas obras de ficción, particularmente en el ámbito de la *fantaciencia*. Y así como una persona que se vuelve una máquina ya no controla su destino, tampoco una sociedad que funciona de manera maquinal tiene opciones. ¿Acaso hemos podido solucionar el grave problema que es para el mundo la sobrepoblación poniéndole límite a los nacimientos? De manera semejante, nada hemos podido hacer respecto a nuestras guerras o respecto a nuestra economía insostenible, pese a la amenaza cada día más apremiante de la visible destrucción de la tierra y otras consecuencias que ella nos está trayendo.

En el ámbito de la psicología individual sabemos que esta tendencia de la mente a perder su propio centro a través de una implícita simbiosis que es un perderse en los demás (o en lo que «se debe hacer», o en «lo que sucede», o en «lo que se hace») es algo que va íntimamente unido a la «confluencia» (que es una pérdida de identidad en la identificación con otros individuos o grupos) y también a la conformidad. Pocas personas conocen la diferencia siquiera entre contacto y confluencia: hay contacto cuando dos personas se encuentran pisando cada una de ellas sobre sus propios pies, y apreciando las diferencias que entraña el contacto entre sus respectivas individualidades. Cuando hay confluencia, sin embargo, las personas tratan de amalgamarse las unas a las otras como si no tuvieran el derecho a ser individuos, habiéndose quedado detenidos en esa fase del desarrollo infantil en que el niño teme ser una persona autónoma porque siente que con ello pudiera perder el nexa con su madre. En el mundo de las personas confluentes tiene lugar muy fácilmente algo cuya manifestación extrema describió Le Bon en un libro llamado *Psicología de las masas*, que fue el estímulo para que Freud describiera el

mecanismo de la identificación²³; y lo que Le Bon describió por primera vez como un fenómeno de masas fue algo que interesó más que ningún otro tema a Canetti durante los últimos años de su vida, cuando produjo su extenso ensayo *Masa y Poder*, que apareció con un prólogo de Adorno. El fenómeno en cuestión es uno en que el individuo siente al grupo como una autoridad más potente que ningún individuo aislado, de modo que los déspotas de talento saben ponerlo en movimiento como mecanismo amplificador de sus voluntades.

Podríamos decir que llevamos en nosotros ciertas implícitas admoniciones y prohibiciones que nos vienen de las influencias parentales, pero la influencia de la sociedad como un todo tiene más fuerza aún que nuestros padres y ello se puede hacer presente tanto en los grupos terapéuticos cuando el poder del grupo para apoyar un cambio puede resultar un beneficio para la persona, como también en grupos fanáticos, que tienen un gran poder de arrastre destructivo. A mi me impresionó mucho oír a Daniel Ellsberg narrar, años atrás, lo que famosamente publicó en un libro llamado *los Pentagon Papers*, cuyo meollo, diría, fue su perplejidad ante lo que descubrió al investigar una resolución que el Estado Mayor Norteamericano había adoptado ante su estado de alarma en el curso de la guerra contra el Vietnam. Se había decretado que ante un ataque aéreo de la Unión Soviética se reaccionaría con una batería atómica de tal calibre que ello hubiera significado la destrucción de muchísimos millones de personas y una gran porción del Planeta, y recuerdo su comentario de que si algo se podía calificar de «mal», aquí lo teníamos. Pero, ¿cómo se había llegado a esta decisión con plena conciencia de la atrocidad de su violencia? Para su sorpresa los miembros del Estado Mayor eran todos conocidos suyos, a quienes el apreciaba y con quienes el solía tomar

el té. La pregunta que siguió preocupándolo durante muchos años, entonces, fue: ¿cómo pueden personas aparentemente éticas, decentes y sanas llegar a un acuerdo tan insano?

Me parece que la respuesta no sea diferente que aquella que explica la vieja observación de Cicerón de que a pesar de que cada senador romano era una persona respetable y sabia, los pronunciamientos del Senado en su conjunto, parecían ser los de un idiota. Podríamos decir que cuando muchas personas influyen recíprocamente las unas sobre las otras, se refuerza en ellas más su torpeza que su sabiduría, y particularmente más su bajeza que su virtud.

Una caricatura de El Roto muestra a un ricachón entrando a la piscina y razonando que «la degradación moral produce un ascenso social igual al volumen de dinero que desaloja», y lo cito aquí porque me parece que el hecho de que se pueda observar tal cosa es resultado de que esos pocos grandes potentados en el mundo no están solos, sino que constituyen una implícita comunidad: una oligarquía que no sólo funciona confluentemente en sus propósitos, sino que, principalmente, funciona de tal manera que cada uno se siente autorizado a seguir funcionando como un agente antisocial; en virtud, precisamente, de que tantos otros personajes tan poderosos (lo que implica «respetables») sienten y actúan de igual manera. No es sólo el poder del dinero el que mueve el mundo, entonces, sino que el poder de la conformidad entre aquellos que comparten el dinero así como una implícita veneración blasfema por su supuesto valor supremo.

En tiempos de los romanos tuvieron los políticos que gastar mucha saliva para mantener contentos a los esclavos con su esclavitud; pero hoy el sistema establecido tanto tiempo atrás sólo requiere de la inercia para continuar manteniendo su vigencia. Y es que pareciera que estamos programados para ser conservadores —como si instintivamente sintiésemos que el saber y el saber

²³ Tiene diversos sentidos *identificación* en el psicoanálisis y una de ellas es la que precisamente lo que estamos llamando aquí *confluencia*, tal es la identificación con las personas que queremos.

hacer de generaciones previas es algo que debe tenerse muy en cuenta; sólo que cuando se trata de una sociedad enferma, estos «sanos instintos» sólo sirven a la enfermedad; de modo que seguir siendo un conservador cuando es hora de intentar detener un curso catastrófico de los acontecimientos, más vale que ello se reconozca como una condición disfuncional o patológica. Si es cierto lo que estoy diciendo, entonces, una economía que se actualizase yendo más allá de sus usos hasta la fecha, (principalmente como una forma de contabilidad para las prácticas comerciales usuales dentro de la economía capitalista), importará no solo tomar en cuenta las necesidades de los humanos y del medio ambiente, sino que tener en consideración actitudes destructivas tales como la inercia de lo acostumbrado y el miedo a la disconformidad.

Una última faceta de la mente patriarcal sobre la que quiero llamar la atención como parte del contexto en que opera nuestra economía disfuncional es aquella que podemos llamar *la comercialización de la vida*.

Decir que en nuestro momento histórico casi todo se hace por dinero sería una exageración, pues la gente se enamora, tiene amistades desinteresadas, las madres cuidan a sus hijos y a sus familias por amor y muchos buscan el saber por una sincera sed de conocimiento. Pero aunque se sigan haciendo cosas por amor, pareciera que cada vez resulta más difícil hacerlas, de modo que la vida se ve progresivamente invadida por consideraciones económicas. Hubo un tiempo en que se gozaba de una relativa posibilidad de ocio, pero hoy en día el ocio (y con ello la creatividad que nace del ocio, y la maduración psico-espiritual que también requiere que las personas puedan simplemente estar consigo mismas) se hacen difíciles debido al ritmo acelerado de la vida contemporánea, y principalmente al ritmo de la vida de trabajo.

Y si el afán exagerado que ha sido generado por el progresivo empobrecimiento de las mayo-

rías nos roba el ocio, nos roba también el trabajo mismo, que al hacerse cada vez más por dinero y sólo por dinero, pierde su carácter de realización personal que le da a la propia vida un sentido. Pareciera que las personas que ejercían distintas profesiones en el pasado lo hacían con un gusto, una devoción o un espíritu de servicio que ya no son congruentes con el espíritu de nuestro tiempo.

En una antigua película de Kurosawa llamada *Vivir* se narra la historia de un empleado en la burocracia de alguna ciudad japonesa a quien un cáncer en el estómago estimula a preguntarse por el sentido que pueda darle a lo que le resta de vida. Después de muchas conversaciones y algunas aventuras, descubre que lo mejor que puede hacer es volver a su puesto de trabajo con una actitud nueva: un grupo de vecinos ha venido solicitando desde años atrás la transformación de una ciénaga en un parque para los niños, y él como los demás empleados de esa burocracia local los había «tramitado»; tal como es costumbre que se haga en todas las burocracias del mundo por efecto de una especie de inercia institucional que toma posesión de sus empleados. Seguramente el descontento por el trabajo poco significativo que hacen encuentra venganza en ellos a través del obstruccionismo; pero ahora este hombre se solidariza con esta junta de vecinos respecto a una voluntad en sacar adelante el proyecto del parque, lo que requiere de él cierto heroísmo y, por fin, encuentra su vida sentido al hacerse solidario con la sociedad a la que su entorno burocrático sólo retóricamente pretendía servir.

Decía el poeta Tótila Albert:

El trabajo que se hace por amor
garantiza la mundial economía,
es regalo del supremo creador
y nos guarda de cuidar moneda fría.

Pero cuánta energía se pierde en el mundo por el hecho de que nadie hace lo que verdade-

ramente quiere, y ello implica que nada se hace con amor, sino sólo en vista de ganar dinero. Seguramente fue el mismo fenómeno el que inspiró a León Felipe a decir:

Para enterrar a los muertos como se debe
cualquiera puede, cualquiera,
menos un sepulturero.

Y no se trata sólo de que la costumbre encallezca las manos y el alma, sino que quienes hacen algo «profesionalmente» lo hacen sólo por dinero. Desgraciadamente, además, lo que se diga de los sepultureros se puede decir también de los educadores, y tantos otros. Yo he trabajado en el desarrollo personal de muchos tipos de personas, pero nunca con más frustración que cuando en un cierto país me encomendaron trabajar con educadores de alto nivel, encargados de dictar políticas educacionales. Y mientras alguno participaba con gran emoción en una sesión de terapia *Gestalt*, por ejemplo, otros entraban y salían de la sala como niños. Y hasta tal punto se parecía el ambiente de estos importantes profesores al de los niños indiferentes en las salas de clases, que me llegué a preguntar si la típica patología de la atención de los niños no fuese reflejo de actitudes de semejante desinterés por parte de los profesores en su trabajo.

¿Por qué este fracaso tan característico en un grupo de personas que habían acudido al encuentro supuestamente movidos por un interés personal en lo que yo les pudiera aportar (a través de su Ministerio)? Porque *no* lo hacían verdaderamente por su desarrollo personal, sino por ganar puntos en un escalafón, y obtener algún día alguna ventajas económicas a través de su asistencia.

No necesitamos buscar muy lejos para entender la causa de que las verdaderas motivaciones intrínsecas palidezcan en las personas, y sean a través del tiempo reemplazadas por las motivaciones extrínsecas, y entre éstas principalmente por

la motivación de ganar dinero. Por una parte, la creciente pobreza de las mayorías (a medida que el mundo se enriquece) nos hace sentir, como en un naufragio (o en vísperas de un naufragio), una angustia ante la incertidumbre por el futuro, que lleva a que las personas están más dispuestas a sacrificarlo todo por escapar de la amenaza de esa pobreza que va asolando el mundo y dejando a tantos sin trabajo, sin techo, sin comida y sin las antiguas protecciones que ofrecían antes los gobiernos en materia de salud, vivienda o alimentación. Pero antes que eso, durante el período tan sensible de la formación temprana de nuestras mentes, ¿no se nos enseña en las escuelas a aprender, no por el gusto de aprender, sino para pasar exámenes? Así se nos enseña a poner el oportunismo por encima de nuestra verdadera vida, y el interés en el dinero por encima de nuestro desarrollo espontáneo, ya que pasar exámenes significa tener ventajas a la hora de encontrar trabajo en medio de la incertidumbre.

Alguna vez di una conferencia en una universidad brasileña acerca de la importancia del desarrollo humano en la escuela, y uno de los profesores de la Facultad de Educación me preguntó cómo resolvía yo el problema de los padres. Yo hasta entonces había pensado que los padres tendrían el buen sentido de querer que los hijos se desarrollasen en la mejor forma posible, y no tenía aún suficiente conocimiento de que la realidad es una en que los padres, percatándose de la precariedad de la supervivencia de sus hijos, son los primeros que piden que sepan ante todo leer y escribir y sumar y restar, sin ocuparse de «rebuscamientos» como conocerse a sí mismos. Diría yo que los padres son los primeros en querer que sus hijos le vendan el alma al diablo para que así puedan ser felices en este mundo. Sólo que se equivocan por confluencia con toda una cultura equivocada acerca de las bases de la verdadera felicidad.

Se podría decir que el problema de la comercialización de la vida es la transformación en

el valor intrínseco de las cosas (ligado al valor de uso, en algunos casos) con el valor extrínseco, es decir, el valor que tienen las cosas en un mercado. Y aunque decía Antonio Machado que «sólo un necio confunde valor y precio», hoy en día el mundo o la cultura global vive de acuerdo a esta confusión, llevándonos ello a la loca situación en que el dinero -que originalmente no pretendía ser sino algo así como una vara de medida del valor de las cosas para facilitar un intercambio- haya llegado a convertirse en un valor supremo.

Tal vez nada encarna esta idea irracional más que el poder del mundo especulativo en nuestro tiempo, en el que la producción ya no aumenta significativamente, pero sí la capacidad de las personas de generar dinero mediante el dinero. Alguna vez fue la usura considerada un pecado, y aún hoy en día en el Islam no se permite hacer dinero sino produciendo. Pero sea o no un pecado a escala individual la especulación financiera, es un hecho manifiestamente desastroso para el mundo de hoy que todos estemos bajo el poder de aquellos que han acumulado a través del «casino bursátil» un dinero superior al que podría generar ninguna empresa productiva. Así se desencadenó nuestra presente crisis, a través de la venta de «productos financieros» destinados a perder dinero por parte de quienes los lanzaban al mercado apostando a la vez grandes sumas por el hecho de que se desvalorizarían. Y es en vista de la aceleración con que se puede crear dinero hoy día a través del movimiento bursátil (aprovechando, por ejemplo, la ganancia debida a la diferencia de hora entre Tokio y Nueva York), que, de día en día, se ha podido establecer ese poder que gobierna hoy a los gobiernos del mundo.

Tal vez si la comunidad de los humanos se hubiese federado para llegar a establecer una voluntad solidaria, con eso alcanzaría una voz popular más fuerte que las alianzas comerciales entre las grandes empresas, que sostienen el actual orden financiero y económico. Pero en vista de que

la sociedad está lejos de haberse unificado, somos impotentes ante la globalización económica y sus acuerdos, que tienen un poder muy superior a los de las leyes de cualquier «estado soberano».

¿Pero no es todo esto algo así como una ilusión? Ciertamente no se trata de una solución racional o ética a cómo podríamos vivir los humanos, ni un conjunto de dictámenes justos, sino algo establecido por el poder del mismo dinero; o en otros términos el poder de aquellos que lo manejan. Se ha hablado a veces de la Teoría de la Conspiración para hacer sentir que son unos desconfiados o tal vez enfermos mentales quienes desconfían de las instituciones bancarias, de los gobiernos o de un poder plutocrático oculto en el mundo, pero parece que sea otra característica de nuestro tiempo el que a través de la des-idealización de nuestros modos tradicionales de vida y filtraciones de información de todo tipo (de la cuál *WikiLeaks* ha sido paradigmática) la verdad se va haciendo evidente. Es como si una máquina de poder hubiera movido la historia desde tiempos muy antiguos, de tal manera que aunque cambia la gente, el poder ha seguido invariable. Los antiguos cristianos hablaron de la Gran Bestia en relación a Roma, en forma muy semejante a como los judíos habían hablado de Egipto y luego Babilonia, pero me parece que el «espíritu de la bestia» no es otro que el espíritu de la civilización, que se hace más manifiesto en las grandes urbes; y hoy sucede que le estamos descubriendo la cara bestial a un poder que ha venido progresando tanto como han progresado las demás cosas en torno a nosotros; y que, porque progresa, sabe disimularse mejor, de manera que ya no se manifiesta en forma tan visiblemente despótica, y más o menos logra convencernos de su inocencia.

No deja de entranar cierta esperanza, sin embargo, el pensar que este gran poder del «poderoso caballero Don Dinero», que puede decretar asesinatos masivos o desplazamientos masivos de poblaciones a través de decisiones económicas,

descansa sobre una especie de sueño, así como en el cuento del Emperador a quién solo un niño podría percibir como desnudo; y hoy en día la gente se está dando cuenta que no es que esté desnudo el Emperador sino que ni siquiera existe, excepto como un fantasma creado para asustarnos.

Dicen los mitos que hubo una vez en nuestra historia una Edad Dorada cuando las personas vivían vidas plenas, y que se ha deteriorado nuestra consciencia como también nuestra cultura hasta nuestros días, en los que podemos comprobar que el poder de las armas ha sido suplantado por el poder de quienes las compran y quienes las venden, y en último término para el dinero mismo, sin valor en sí mismo pero poderoso en la medida en que lo hemos llegado a idolatrar. Ello es congruente con el que seamos educados para vivir en función de premios externos durante el período de la educación obligatoria, y sigamos siendo educados en el egoísmo por la realidad económica en que vivimos, lo que le hace difícil a una persona generosa sobrevivir. Parecería urgente, entonces, que aprendamos a vivir de acuerdo a los dictados de la vida y no a los dictados de una economía que ha sido moldeada —particularmente desde la implantación del neoliberalismo— para el bien aparente de unos pocos y para la degradación de casi todos.

Pero no veo que podamos salir de nuestra situación sin un cambio de conciencia, y *para tal cambio de conciencia sería de primera importancia una educación para el desarrollo humano*, no sólo en las escuelas sino de muchas otras maneras. Y espero que a medida que se desploman las estructuras que hemos creado durante nuestra vida civilizada y que ahora entran en falencia, seamos capaces de tomar en cuenta la forma como la comercialización de la vida la envenena; pues para que surja una nueva economía deberá tener lugar una maduración psicoespiritual de la comunidad, que permanece todavía en un estado larval del desarrollo.

Si mi intuición no se equivoca, nos espera, en el mejor de los casos, un futuro difícil en vista

de las consecuencias inevitables del daño ecológico y la polución que hemos causado, además de los cambios del clima y sus consecuencias. Pero no sólo deberemos «apretarnos el cinturón» al emprender nuestra «travesía por el desierto», sino que deberemos redescubrir que «no sólo de pan vive el hombre», redescubriendo el sentido de que estemos en el mundo. Y aunque ya no necesitemos términos antiguos como «Dios», más vale que nos abramos a la noción de que debemos re-encontrar nuestras «almas», o como queramos llamar al tesoro olvidado de nuestro ser, cuya naturaleza resuena con el todo de la vida.

A menudo digo que nos espera algo como lo que describe el libro del éxodo al narrar el avance del pueblo judío tras su simbólica liberación de la esclavitud en Egipto: una época en que no sólo es necesaria la austeridad, sino la sensibilidad que nos permita ser guiados por una consciencia superior a la de nuestra cultura ordinaria. Pues, como decía Einstein, la consciencia que solucione nuestros problemas no podrá ser la misma que los ha creado.

Sé que suena un remedo de los sermones religiosos del pasado hablar de esta manera, pero si es así, es precisamente porque nos hemos vuelto tan cínicos como para no creer en una consciencia superior a la del hombre común y a la de los especialistas en esto o aquello; y así como la economía, según Stiglitz, sigue enseñando en la universidades cosas tales como una eficiencia y confiabilidad de los mercados que la crisis ha probado erróneas, debido a una fatal inercia del intelecto instrumental de nuestro cerebro izquierdo, se sigue enseñando hasta hoy un racionalismo que desconoce la profundidad de la mente humana y el sentido de la existencia. Y de modo semejante a cómo debemos poner fin a nuestra ceguera sobre lo que hacemos con el ambiente, más vale que pongamos fin a nuestra sordera respecto a lo que podrían enseñarnos aquellos que en vez de especializarse en el conocimiento del mundo externo han buscado el conocimiento de sí mismos, y también en aquello

que, por trascender la razón, ha quedado en el mundo moderno fuera del campo de la filosofía a pesar de haber inspirado el pensamiento filosófico en sus orígenes: esa «verdad profunda» que escapa a la razón pero no a la consciencia misma.

Para reparar el vacío del mundo moderno, cada vez más deshumanizado por una pérdida de sabiduría que no puede reconocer su propia ceguera, pienso que nada se presenta como más deseable que el cultivo de la consciencia en todos a través de una nueva educación, ya no encaminada preferentemente a la producción, sino al desarrollo humano; y a la consideración de ese tema paso ahora.

3. Una nueva educación para trascender la mente patriarcal

Mucho se ha intentado cambiar el mundo para cambiar al ser humano; pero apenas, me parece, se ha formulado el proyecto de un cambio de la conciencia como punto de partida para una transformación social; y sin embargo, es difícil concebir una sociedad sana sin individuos sanos.

El problema es que somos demasiados en el mundo para pensar que sea posible un cambio de conciencia generalizado –sobre todo cuando son tantos quienes no tienen ningún interés en cambiar; de ahí que resulte más realista pensar en prevenir antes que en curar; y ninguna prevención resulta tan oportuna como la de la educación infantil, que es actualmente nuestro medio de «socialización» (o más bien domesticación) a través del cual hemos procurado imprimirle el sello de la mente patriarcal a nuestros descendientes.

Si, alternativamente, nos propusiéramos crear una educación para trascender la mente patriarcal, deberíamos hacerlo en torno a la idea de que somos seres tricerebrados que, al convertirnos en criaturas del mundo patriarcal, hemos sufrido de un aplastamiento de nuestra salud animal ins-

tintiva así como un eclipse de nuestra capacidad amorosa. Así, la nueva educación transformadora y sanadora deberá ser una que atienda tanto la liberación de la espontánea pero castrada inteligencia instintiva o animal de las personas como al despliegue de su capacidad amorosa, y además una que favorezca la armonía entre pensar, sentir y querer, para que así podamos convertirnos en seres tricerebrados equilibrados.²⁴

La psicoterapia ha venido liberando a algunas personas, a veces trabajosamente, de la excesiva represión de su naturaleza animal interior (que en un humano conviene llamar el niño o la niña interior), de modo que son muchos quienes a través de un proceso terapéutico toman conciencia de sus deseos hasta entonces ignorados, y descubren también que pueden integrarlos a su vida sin sufrir los castigos imaginados en su infancia cuando debieron reprimirlos, y a través de ello se han vuelto personas más felices. También a través de la psicoterapia las personas comúnmente recuperan algo de su capacidad amorosa perdida, al elaborar los recuerdos dolorosos de su infancia y sanar las formas infelices de relación desarrolladas en el trato con sus padres, que como Freud demostró, siguen constituyendo el modelo de las relaciones con todos los demás en la vida adulta. Pero tales cosas podrían hacerse aún mejor que en la psicoterapia si el objetivo fuese más preciso, y pienso que la educación, específicamente, podría hacer más que importar ocasionalmente recursos de la psicoterapia para sus casos difíciles, y asumir más bien la tarea de encaminarse hacia el ideal de producir seres completos («tri-cerebrados»).

²⁴ Al parecer la expresión «tri-cerebrado» apareció por primera vez en un libro de GURDJIEFF llamado *Todo y todas las cosas*, mucho antes que MACLEAN, quien formuló sus ideas en los años sesenta, y luego publicó sus extensas investigaciones sobre la evolución del cerebro humano en su libro en 1990 (ya citado antes). En el contexto de lo que Gurdjieff enseñaba, tenía ese término la connotación de un desarrollo armonioso entre el pensar, el sentir, y la acción— un ideal semejante al que formulaba Tótila ALBERT en su noción de la alternativa a la mentalidad patriarcal como integración de los principios paterno, materno y filial, que explico en mi capítulo que le dedico en *La mente patriarcal*.

He desarrollado ya extensamente este tema en mi libro *Cambiar la educación para cambiar el mundo*, por lo que me parece que conviene que ahora lo haga sólo en forma muy sucinta, subrayando las cosas esenciales. La fórmula que propondré consta de solo cuatro términos: libertad, amor, sabiduría y desapego, pero será necesario que los comente para que las palabras enunciadas alcancen a transmitir una suficiente carga de sentido.

Comienzo con el tema de la libertad, porque me parece que sin ella el ideal del amor se vuelve una pretensión imposible: no creo que las personas puedan amar al prójimo sin amarse así mismas, pues el amor al prójimo es algo así como un fenómeno de rebalse de la satisfacción interior de aquellos que ya no sufren el autorrechazo, la culpa o excesivas inhibiciones. Y son raras tales personas en nuestra cultura, que es una que se precia de haberse elevado por sobre la naturaleza a la que ha querido dominar y explotar tanto en el mundo externo como al tratarse del mundo interior. La mente ordinaria de las personas fue bien descrita por Freud en su mapa aún vigente de las «instancias psíquicas», que muestra un Súper-yo (resultado de la internalización de los dictados de la sociedad) que manda sobre el resto de la psiquis como un perseguidor o un capataz, y nos obliga a distanciarnos de nuestro «Ello», que representa la voz de la naturaleza instintiva reprimida. Pero las personas ordinariamente no perciben que se tratan a sí mismas como capataces, jueces severos o esclavizadores, de modo que el orden represivo de la sociedad encuentra tal eco en nuestro mundo interior que no imaginamos siquiera que se pueda llegar a vivir sin un «policía interior». Por ello tememos a la libertad como si ella pudiera llevarnos a la locura o a la maldad; y aunque no suceda tal cosa entre los pueblos a los que llamamos «primitivos», entre quienes los padres no inculcan en sus hijos tantos mandatos antinaturales, nos enorgullecemos de nuestra supe-

rioridad cultural pese a vivir vidas más enajenadas. Hasta Freud, el descubridor de la represión, quien a través de sus descubrimientos promovió un progresivo movimiento de liberación de la conciencia en las generaciones que le sucedieron, compartió el pesimismo de sus contemporáneos respecto al ser humano, a quién consideró trágicamente necesitado de una civilización que lo contuviese por no ser intrínsecamente benévolo. Sólo que hoy en día, y particularmente a través de la existencia de la psicoterapia, hemos comprobado como muchos se vuelven menos destructivos y llegan a sufrir menos, y por ello hemos concluido que su envidia, su ira, y otros males que se pensaban intrínsecos a nuestra naturaleza han demostrado haber sido, como Rousseau proféticamente planteaba, contagiados por la civilización en la que hemos nacido. Y por ello el punto de vista humanista se va acercando al punto de vista de ciertos cristianos para quienes el alma es intrínsecamente divina, y más aún al Budismo, que nos habla de nuestra «budeidad intrínseca».

Tanto daño nos ha causado una visión criminalizante del ser humano y de la naturaleza misma desde los tiempos de la mítica serpiente del paraíso que ya es hora que ensayemos una educación permisiva. Es cierto que ya se ensayó hasta cierto punto una permisividad mayor en las escuelas durante los años sesenta, pero la reacción de la cultura (es decir de los padres de los niños que asistían a tales escuelas) fue de alarma y escándalo ante el temor de que tal permisividad pudiera llevar a una pérdida de respeto de los jóvenes hacia sus mayores. Y particularmente escandalizaron al mundo las libertades que se tomaron las juventudes en los años 60, y ello hasta tal punto que podemos entender el nuevo conservadurismo que ha dominado desde entonces como un resultado, precisamente, de la alarma que causó en el mundo político el que toda una generación pudiese volverse contraria al sistema imperante.

Pero deberíamos ya tener el discernimiento suficiente como para comprender de qué tipo de mentalidad derivaron las críticas que sofocaron el movimiento experimental de la educación en aquellos años. La escuela de Summerhill, por ejemplo, cuyos resultados fueron evaluados a través de los años, produjo muy buenos resultados en los educandos, pero ello no impidió su mala fama. Si los educadores comprendieran cabalmente como los humanos hemos venido siendo domesticados de generación en generación de manera semejante a como hemos domesticado a los animales para nuestra conveniencia y uso, seguramente desplegarían la creatividad necesaria para emprender un proceso de liberación. Así lo sugieren fuertemente algunos intentos aislados —como por ejemplo, el de la Escuela Pestalozzi de los esposos Wild en Ecuador, dónde solo se aceptaban a los hijos de padres que se dieran por enterados de que no se les enseñaría nada— por más que se les fuera a acoger en un ambiente en el que aprenderían mucho.

Particularmente importante me parece, más allá de los contenidos curriculares, un cambio fundamental en lo que ahora son las calificaciones y los exámenes, que llevan a que se estudie más para pasar exámenes que para aprender, y que crean en el ambiente escolar un contexto de exigencia (fundada en la potencial amenaza de descalificación y de las correspondientes desventajas laborales) que sólo permiten un aprendizaje superficial, que interfiere además con la maduración.

Recuperada la libertad, las personas recuperarían no solo sus impulsos espontáneos, sino el goce de la vida, y tendrían el punto de apoyo necesario para el desarrollo del amor; pero para que se despliegue el desarrollo del amor se requieren otras cosas. Principalmente, sería necesario algo así como el exorcismo de todo aquello que en nosotros es contrario al amor: la rabia, la venganza, el desamor y el egoísmo, por ejemplo. Pues aunque sea razonable pensar (en vista de lo que hasta ahora hemos llegado a saber de la mente) que somos seres

intrínsecamente amorosos (como los mamíferos en general lo son), es evidente que llevamos en nosotros algo así como una personalidad parasítica que no lo es. Y para liberarnos de esta existencia parasita con la que llegamos a confundirnos, que odia y que quiere su bien por encima del bien de los demás hasta el punto de perder los vínculos solidarios con ellos, necesitamos ante todo comenzar por el conocimiento de los obstáculos interiores al despliegue de nuestro potencial amoroso.

Pero ¿dónde en la enseñanza primaria o secundaria encontramos el cultivo del auto-conocimiento? Pese a la gran estima que siempre le hemos tenido a Sócrates, que seguramente ha sido el máximo entre nuestros educadores, y pese a su insistencia en aquel «conócete a ti mismo» ordenado por el Oráculo de Delfos, nos hemos apasionado hasta tal punto por el conocimiento del mundo externo que el conocimiento de nosotros mismos nos ha llegado a parecer cuestionable además de molesto. Conocerse a sí mismo comienza por el contacto de primera mano con nuestras vivencias, y no sólo con nuestro pensamiento: sentir nuestro cuerpo, vivir nuestras emociones, saber lo que queremos momento a momento. Pero también se extiende el conocimiento de nosotros mismos hacia el pasado como una comprensión de nuestras vidas y de nuestras relaciones humanas; y es parte muy importante del conocimiento de nosotros mismos el llegar a entender nuestra personalidad; es decir, percatarnos de los patrones repetitivos y compulsivos en nuestra forma de relacionarnos con las distintas personas que nos rodean, haciendo que algunos seamos más temerosos, otros más excitables, otros más necesitados de caricias.

Si no se insiste en deshumanizar las escuelas convirtiéndolas en centros de distribución de información, éstas, por el hecho de constituir situaciones grupales, presentan una situación muy rica para que las personas, conociéndose mutuamente, vayan conociéndose a sí mismas a través del reflejo de las unas en las otras. Pero ¿qué poco se utiliza en

la vida escolar el comentario de lo que sucede en las relaciones entre los alumnos! Y aún cuando se llega a enseñar psicología teórica, qué poco ayuda ello a que los alumnos se conozcan a sí mismos. Pues el conocerse a sí mismo es un proceso que debe ser guiado por uno que ya ha emprendido el camino del auto-conocimiento, y que entiende la mente humana por experiencia propia lo suficiente como para señalarle a otros lo que hasta ahora han vivido de manera inconsciente o mecánica en su automatismo condicionado.

También la educación podría incluir en sus programas algo así como un exorcismo de las emociones negativas, y diré acerca de ello que no se trata solamente de entender el pasado, sino de tomar una actitud ante las maneras de ser que uno ha venido acarreado como residuo del propio pasado, que uno a través del progreso del auto-conocimiento llega a descubrir como disfuncionales u obsoletas. Digamos que un verdadero maestro que tenga a su cargo a un grupo de niños se percatará de que cada uno de ellos lleva en sí una peculiar personalidad problemática, y aunque tratándose de niños pequeños no es hora aún de hacerles sentir que deberían procurar ser de otra manera, ya que su manera de ser es el resultado de las circunstancias en que han vivido y de las personalidades de quienes los han criado (habiendo ellos sido, por así decirlo, arrinconados por la vida a ser lo que son) sí que convendrá que se les haga sentir que de manera semejante a cómo se dejan fuera de la clase las botas para la nieve o los chaquetones, que se cuelgan de una percha a la entrada, también en la intimidad de un grupo ya no es necesario llamar la atención llorando ni aislarse en un rincón, o competir por las calificaciones, por más que cada uno haya recurrido a tales estrategias en casa. Se les puede hacer sentir: «aquí estamos en casa, aquí nos comprendemos, aquí podemos comprendernos sin necesidad de gritos o aspavientos o inhibiciones». A esta altura de su maduración el conocimiento bastará, y el hacerle

sentir a los niños que sus personalidades son como ropas que no corresponden a su ser más íntimo seguramente les servirá más tarde en la vida para no extraviarse, no perderse a sí mismos creyéndose idénticos a sus disfraces; formas de ser que han adquirido a través de la adaptación al entorno.

Tratándose de adolescentes, sin embargo, convendría que su educación incluyese el proceso de recuperación de las emociones reprimidas; y específicamente, del dolor o de la rabia reprimidas durante la infancia. Porque si no se hace estallar la pústula psíquica de tales emociones a tiempo, resultarán mil complicaciones de ella para el resto de la vida. Una gran parte de la psicoterapia moderna consiste en la expresión emocional de lo reprimido, no como un fin en sí sino como un medio indispensable para el verdadero conocimiento del mundo emocional, que a su vez será necesario para una toma de posición frente a las estrategias obsoletas del pasado. Me parece que uno de los grandes aportes modernos de la psicoterapia ha sido el descubrir la importancia de sanar los vínculos amorosos con los padres, aún cuando los padres hayan muerto o no se tenga ya contacto con ellos. Pues ya hemos olvidado lo incompleto del pasado como se olvida una herida cicatrizada, y por más que se hable de un camino del amor, no hay tal camino del amor para uno que es incapaz de perdonar. Y ¿qué capacidad de perdón puede tener uno que no ha logrado perdonar a las personas más importantes de su vida, su madre y su padre?

Elementos de terapia familiar por lo tanto, tienen un gran potencial en la educación, y es lamentable que la compartimentalización que separa lo que se ha dictaminado que sea de la incumbencia de la salud de lo que deba ser territorio de la educación no haya permitido hasta ahora la utilización de tales recursos. Aún cuando es bien sabido que de año en año llegan a las escuelas personas cada vez más dañadas en su vida emocional y cada vez más necesitadas de cuidados, se recurre

a psicopedagogos para los casos más problemáticos sin llegar a dar el paso más importante, que sería el de imprimirle una calidad terapéutica a la educación misma, poniéndole fin a la separación artificial que se ha venido manteniendo entre educación intelectual y educación emocional.

El tema de la libertad me ha llevado a una consideración de la necesidad de recuperar la espontaneidad de la vida instintiva, para así terminar con el auto-rechazo generalizado que engendra la mente patriarcal, y también la necesidad de otra libertad: aquella de trascender la personalidad condicionada de la infancia, lo que requeriría tanto del auto-conocimiento como de la expresión catártica de las emociones negativas infantiles. Tales cosas podrían encontrar un lugar en la educación futura en lugar de esperarse a que se encargue de ello la psicoterapia del adulto. Sobre la necesidad de una educación para el amor, aparte de subrayar lo obvio de su necesidad, trágicamente descuidada por los programas convencionales (en vista de la flagrante falta de solidaridad que impera en el mundo individualista y competitivo en que vivimos), principalmente reiteraré que somos seres intrínsecamente amorosos, y que nos hemos vuelto destructivos a través de perturbaciones emocionales poco reconocidas por la cultura. Consecuentemente, para sanar necesitaremos de la recuperación de la salud instintiva, también con ayuda del autoconocimiento, indispensables para la superación del resentimiento vengativo que nos acompaña inconscientemente desde la infancia. Y será necesario, además, que la severidad exigente de la educación patriarcal le ceda el paso a una atmósfera de cuidado e interés en la felicidad de los niños.

Dicho esto, diré algo acerca de la necesidad de considerar la relevancia de dos aspectos de la mente absolutamente descuidados por la educación aunque indispensables a la formación de seres humanos realizados: la sabiduría y el desapego.

Conviene observar que el concepto de sabiduría prácticamente ha desaparecido en nuestra

cultura excepto en la forma implícita en que se hace presente cuando hablamos de «sabios». Pero probablemente no sabríamos explicar qué queremos decir al afirmarse que alguien es un sabio, más allá de reconocer que se trata de algo diferente del mero saber o de la inteligencia racional.

Para los sabios de otros tiempos, la sabiduría era lo contrario de la ignorancia, y la ignorancia, lejos de consistir en un «no saber cosas», era algo así como una ceguera, o como un no ver las cosas como son a pesar de percibir muchas de sus particularidades. Un ejemplo podría ser precisamente aquel de la disciplina científica de la economía, que ha tomado en cuenta ciertas partes de un proceso sin percibir el todo en que se integran; o incluso el conocimiento científico mismo, que no basta para abordar verdades tales como las de la estética, la ética o el sentido de la vida, que constituyen los temas de la literatura y la filosofía y de las preguntas que nos hacemos los humanos desde siempre.

No me explayaré sobre la necesidad de corregir el desequilibrio actual entre lo científico y lo humanista, pues otros han tratado suficientemente del tema²⁵, pero si quiero hacer presente la esperanza de los humanistas antiguos (desde Erasmo) de que el conocimiento de los clásicos pudiera acercar a la mente de los jóvenes algo de las percepciones de los sabios. Sólo que, como bien sabemos, el estudio de las clásicos degeneró en el estudio de sus lenguas, y en el almacenamiento de una cultura externa al mensaje íntimo de sus obras, por lo que ciertamente no ha bastado para que nos volviésemos sabios. Por lo que conviene que, antes de seguir adelante, nos interroguemos acerca de la naturaleza de la sabiduría.

¿En qué consiste eso que saben los sabios, y que no es un saber muchas cosas pero sí un ver lo que importa ver? Desde mi conocimiento de las tradiciones espirituales diría que la capacidad de ir al meollo de lo que se contempla, deriva de una

²⁵ Martha NUSSBAUM: *Not for profit*, sobre la importancia de la educación humanista para la democracia.

percepción fundamental que se asocia también a una actitud fundamental ante la vida: una percepción de algo así como «el sentido de la vida», sólo que no se trata de algo que pueda ser traducido en palabras o argumentos, por más que se traduzca espontáneamente en una percepción de lo que «no vale la pena». En otras palabras, un sabio es uno que mira las cosas un poco desde lejos, como un viejo que hubiera dejado atrás espontáneamente, a través de su nutrida experiencia, muchas cosas triviales que en otro tiempo le apasionaron.

Un sabio es uno que ha madurado y trascendido lo trivial en la medida en que ha alcanzado en su vida un nivel de densidad mayor de significado que el común de los mortales, y esto es algo a lo que ha llegado dejando ciertas cosas atrás, de manera semejante a como un niño deja atrás viejos juguetes. Podríamos decir que este dejar cosas atrás es algo como morir un poco, y lo podemos llamar renuncia; pero más exacto me parece hablar del desarrollo de un desapego que es parte de nuestra maduración interior y que nuestra cultura desconoce, por más que las tradiciones sapienciales desde el chamanismo al yoga y al budismo hayan tenido mucho que decir al respecto.

Lo más importante, me parece, y que conviene tener presente al respecto, es que el desarrollo del desapego no es otra cosa que el desarrollo de la imperturbabilidad o la neutralidad, y que éstas se cultivan desde tiempos inmemoriales a través del ejercicio del vaciamiento de la mente de pensamientos, emociones e impulsos. En otras palabras, a través de la práctica del «dejarse estar en paz», que solemos identificar como meditación.

4. La necesidad de una nueva formación para los futuros formadores

Obviamente, los actuales maestros de escuela no están preparados para impartir el tipo de educación humanizante que aquí propongo, y para que ésta se hiciese realidad tampoco bastaría una voluntad política o una reforma curricular. Una educación para la consciencia sólo podrá ser impartida por aquellos que hayan trabajado por el desarrollo de su propia conciencia. Pues sólo pueden ayudarnos a volvernos más libres quienes hayan alcanzado una mayor libertad, y sólo nos pueden enseñar a ser más bondadosos o más sabios quienes hayan llegado a cierta ejemplaridad en el amor o la sabiduría.

De ahí que, si llegase el mundo a decidir que una revolución intencional de la consciencia a través de una reforma masiva de la educación es una prioridad política para el cambio de rumbo de la historia, el punto de partida necesario habrá de ser la formación especial de un quórum de maestros, que los capacite en una serie de competencias existenciales hasta ahora descuidadas por los actuales programas de formación universitaria tradicional.

No me explayaré aquí sobre este importante tema de una educación sanadora de los maestros para cambiar la educación, pero por lo menos mencionaré que es posible condensar este programa vivencial de auto-conocimiento transformador en módulos breves, probadamente eficaces y relativamente fáciles de financiar, y lo afirmo después de haber explorado el tema en forma práctica durante más de cuatro decenios, que es el tiempo durante el cual se ha venido ofreciendo el «Programa SAT para la formación personal y profesional de agentes de cambio», a través del cual se me conoce en muchos países europeos y latinoamericanos (y en virtud del cual la Universidad de Udine me otorgó su prestigioso doctorado *honoris causa* en Educación). Confío en que quien quiera saber más

de éste podrá encontrar suficientes informaciones en mis libros (como *Sanar la civilización*) y en mi página web (claudionaranjo.net).

Epílogo

Comencé este ensayo celebrando la idea de una economía humanista que llegase a reemplazar la actual formulación aparentemente científica pero destructiva en vigencia, que en realidad no es sino política enmascarada (cuando a su vez la política en su conjunto más bien sirve, pese a los ideales de los jóvenes aspirantes, como justificación de cosas tales como la ambición, la explotación y la sed de poder o de ganancias). Debo de confesar, sin embargo, que después de darle forma a mi aporte a una comprensión económica emergente que incluyese los factores humanos más relevantes, dudo que necesitemos tal ciencia económica actualizada para mejorar nuestra economía—excepto tal vez en forma negativa: tal vez sólo nos baste una comprensión cabal de nuestra «economía patológica» depredadora, para que así nos decidamos a ponerle fin cuanto antes al avance mortífero de su efecto empobrecedor sobre las personas, el medio ambiente y la cultura; y necesitamos también una clara comprensión de la falacia de sus dogmas— que han pretendido tales cosas como el efecto salutífero de los mercados, la bondad de la globalización o la conveniencia del crecimiento ilimitado de la producción.

Por más que me parezca importante el diálogo acerca de cómo pudiera ser una economía sana, sabia y justa, tengo la impresión de que no sea tanto a una nueva ciencia que debemos aspirar como a buenos procedimientos, acuerdos o reglas; pues así como nuestra «ciencia económica» no ha surgido de una genuina búsqueda del saber, sino de la voluntad de esgrimir pseudo-certezas a la hora de manipular al público, tal vez una reformulación de la economía sirva principalmente

para contrarrestar los efectos de la que estamos criticando; pero no serán tanto nuevas certezas las que lograrán liberarnos de los viejos dogmas, sino que una simple combinación de sentido común, buena voluntad, la libertad de hacerlo y la disposición a emprender las reformas obvias (como la transformación de las empresas) y a poner en marcha un proceso evolutivo. Y así como no creo que necesitemos nuevas verdades acerca de la vida económica o la visión de una economía perfecta para desencadenar la transformación de nuestra vida económica, sí que necesitaremos de nuevas instituciones. Pues si los gobiernos han capitulado implícita o explícitamente al mundo empresarial y financiero, y si ni la producción ni el mundo financiero funcionan en un espíritu de solidaridad respecto a la comunidad, sino que, por lo contrario, pretenden tener a la comunidad a su servicio, se hace indispensable que la comunidad establezca organizaciones nuevas, comenzando con una organización alternativa de los negocios, y un banco mundial alternativo al que se creó (junto al FMI) en Breton Woods.

¿Quién puede impedirselo? Que habrá conflicto entre las instituciones nuevas y las viejas no sorprenderá a nadie, pero ¿significa ello necesariamente que el poder del sistema viejo triunfará?

El estado crítico de la economía y de las finanzas, junto a la deslegitimación de sus ideologías, le dan una ventaja a la comunidad en forma comparable a cómo en el mundo de la educación, la actual crisis generalizada (durante la cual los gobiernos prácticamente han dejado de apoyar a las escuelas, en tanto que las elites sólo atienden a las necesidades de la elites) prácticamente obliga a la comunidad a hacerse cargo de la educación de sus hijos.

A pesar de la extraña supervivencia del neoliberalismo, es difícil imaginar que perdure mucho más en el mundo una aberración que se ha vuelto tan transparente, y pienso que tienen razón quienes comparan nuestro momento histórico con el

de la caída del imperio romano, e incluso hablan de un colapso masivo de la civilización patriarcal. Sólo que, me parece, deberíamos ver la falencia de nuestras viejas instituciones como una gran oportunidad para poner otras mejores en su lugar.

El reciente libro *Occupy World Street* de Ross Jackson plantea justamente que nuestra urgencia sea la federación de la sociedad civil y sus muchísimas organizaciones no-gubernamentales, y espero que su estímulo a tal unificación resulte fructífera. Pues si en el día de mañana tenemos una OMC alternativa que sirva a la comunidad más que a la plutocracia, tendremos, espero, su apoyo para esa reforma global de la educación que la ponga al servicio del desarrollo humano, factor fundamental para nuestra transición a un mundo post-patriarcal.

Referencias bibliográficas

- ADORNO, T. W. (CON E. FRENKEL-BRUNSWIK, D. J. LEVINSON Y R. NEVITT SANFORD) (1950): *La personalidad autoritaria*. Nueva York, Harper, Nueva York.
- AGUILERA, F. (2009): «La economía como sistema abierto: de la disociación a la integración» (conferencia impartida en Carmona en el curso de Verano sobre Economía Ecológica, Universidad Pablo de Olavide).
- CANETTI, E. (1960): *Masa y poder* (ensayo antropológico).
- COASE, R. (1994): *La estructura institucional de la producción* (citado por F. AGUILERA).
- ALIGUIERI, D.: *Divina Comedia*. «Infierno» XIV, 104.
- DEMEO, J. (1998 [2006]): *Sahasia: The 4000 BCE Origins of Chile Abuse, Sex-Repression, Warfare and Social Violence in the Deserts of the Old World*. Natural Energy Works, Ashland, Oregón.
- ELLSBERG, D. (2002): *Secrets: A Memoir of Vietnam and the Pentagon Papers*. Nueva York, Viking Press.
- FARMER, P. (2005): *La nueva guerra contra los pobres*.
- FELIPE, L. (1920): «Romero Solo», incluido en los «Poemas Mayores» de su libro *Versos y oraciones de caminante* escrito en 1917 y publicado en Madrid.
- FROMM, E. (1955): *La sociedad sana (The Sane Society)*.
- GALEANO, E. (2008): *El mundo al revés. Patas arriba, la escuela del mundo al revés*. Catálogos Editora.
- GURDJIEFF, G. I.: *Del Todo y de Todas las cosas*.
- JAEGER, W.: *Paideia. Los ideales de la cultura griega*. Paidós.
- JACKSON, R. (2012): *Occupy World Street. A Global Roadmap for Radical Economic and Political Reform*. Chelsea Green Publ. Vermont.
- KLEIN, N. (2008): *The Shock Doctrine*. Henry Holt and Company, Inc., Metropolitan Books.
- KUROSAWA, A. (1952): *Ikiru* ('Vivir').
- LAKOFF, G. (2001): *Moral Politics: How Liberals and Conservatives Think*. University of Chicago Press.
- LE BON (2000): *Psicología de las masas*. Madrid, Morata.
- LENER, G. (1986): *The Creation of Patriarchy*.
- MANDER, J. (2012): *The Capitalism Papers. Fatal Flaws of an Obsolete System*. Counterpoint, Berkeley.
- MACLEAN, P. D. (1990): *The Triune Brain in Evolution*. Plenum Press.
- NAPOLEONI, L. (2008): *Economía canalla. La nueva realidad del capitalismo*. Paidós.
- NARANJO, C. (2009): *Sanar la civilización*. Vitoria, Ediciones La Llave.
- NARANJO, C. (2011): *El eneagrama de la sociedad*. Vitoria, Ediciones La Llave.

- NARANJO, C. (2000): *Cambiar la educación para cambiar el mundo*. Vitoria, Ediciones La Llave.
- NARANJO, C. (2010): *La mente patriarcal*. Barcelona, RBA Libros.
- NUSSBAUM, M. (2010): *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Buenos Aires / Madrid, Katz Editores.
- SEN, A. (1987): *On Ethics and Economics* Oxford. Hay traducción española (2009): *Sobre ética y economía*. Alianza Editorial.
- STIGLITZ, J. (2012): *The Price of Inequality: How Today's Divided Society Endangers our Future*. Norton.